



ASIA MENOR.—Vista de Adana.

ASIA MENOR.

Carta del P. Victor Garrand, de la Compañía de Jesús.

LEGAMOS á Adana el 21 de setiembre, y el Vartabet Garabet Aslanian, Cura y vicario patriarcal de Adana, antiguo discípulo y auxiliar de nuestros Padres en Ghazir, nos ofreció durante dos meses la más cordial hospitalidad. He escrito la palabra Vartabet, y es preciso explicarla. Se aplica á todo sacerdote no casado, y la de *Derder* á los que lo son. Estos últimos, rarísimos entre los armenios católicos, son por el contrario muy numerosos entre los armenios cismáticos, y sus Vartabets apenas pueden llenar los obispados, pues sólo se eligen los obispos en esta última clase. Esto únicamente se refiere al rito armenio.

Adana fué transformada en principio, desde el último sínodo armenio católico, en sede de un obispado; pero hasta ahora, no habiéndose creído suficiente el número de católicos, la silla ha quedado vacante. El estado de la población es á corta diferencia como sigue: de 25 á 30,000 habitantes, repartidos en esta forma: armenios católicos, 80 casas; siríacos católicos, 30 casas; latinos, maronitas y griegos católicos, 80 personas; tenemos, pues, todo lo más 600 ó 700 católicos. El dominio del cisma es más extendido: armenios cismáticos, 1,500 casas; armenios protestantes, 60 id.; siríacos jacobitas, de 50 á 80 id.; griegos cismáticos, 100 id., y finalmente los turcos, nuestros amos, 5,000. Aquí sólo se cuenta por casas ó familias.

El Vilaiet, ó provincia de Adana, tiene 300,000 al-

mas, de ellas 60,000 del cisma armenio. Los otros dos principales centros armenios son Adjin, al pié del Taurus, y Sis, antigua capital de la Cilicia. En Adjin se cuentan 3,000 casas de armenios cismáticos, 60 de armenios católicos, y 40 ó 50 de turcos. En Sis también domina el elemento armenio: 400 casas de armenios cismáticos, 20 de armenios católicos y 200 de turcos. En todos los demás puntos, aún en Tarso, preponderan los turcos. Tarso dista cuatro horas en vehículo de Adana, y es el país natal del grande Apóstol, por cuyo motivo hemos puesto la Misión de Adana bajo el nombre y protección de san Pablo. Si este nombre es un presagio de luchas, también es una prenda de victoria. Aquí tenemos que combatir la indiferencia religiosa que proviene de la ignorancia, de la mala educación y de la abundante riqueza del país, siéndonos sobremanera hostil el Gobierno otomano.

Adana, situada en el centro de una llanura, una de las más fértiles del mundo entero, que hace se llame á Cilicia un segundo Egipto, ofrece á sus habitantes fácil y variadísimo cultivo. El Seyhun baña sus muros y riega sus huertas, que se extienden hasta perderse de vista. Cañas de azúcar, naranjos, granados, higueras, manzanos, perales, todos los frutos de Europa, y los suculentos de las zonas más cálidas, los prodiga allí la naturaleza con extraordinaria fecundidad. Del 15 de junio al 15 de diciembre el mercado está provisto de uvas, siendo su precio ordinario dos sueldos el kilo. La llanura ofrece con no menos prodigalidad el trigo y el algodón, y las dos terceras partes del terreno quedan baldías por falta de agricultores. Así es que los adanitas,

15 Mayo 1883.

teniendo el paraíso en la tierra, se preocupan muy poco de buscar otro. Sus Derveres, harto ignorantes, son muy poco á propósito para instruirlos, y siguiendo la corriente general se apasionan por el lujo. De todo se sabe hacer dinero en Adana, y este es el gran mal del país.

Mersina dista 63 kilómetros de Adana, y le ofrece por su rada fácil y natural salida al comercio. A trueque de ganar, los adanitas están dispuestos á todo: su religion no es un freno, porque ni siquiera la conocen. «Las tres cuartas partes de estos armenios cismáticos venderian su religion por diez piastras,» me decia el cónsul inglés, y uno de los suyos me repetia recientemente: «Entre cincuenta encontraréis uno todo lo más que sepa *Padre nuestro, Ave Maria y Credo*.»

Su confesion (no hablo de los católicos) es sumamente cómoda: se arrodillan, hacen varias postraciones, suspiran y se golpean el pecho: todo esto es preludio de la confesion. Al llegar el sacerdote cada penitente le dice por turno: «Soy pecador; pequé;» aquel pronuncia la fórmula de la absolucion, y todo está cumplido. Hace tres meses que el patriarca cismático de Sis visitó á Adana, y condenó como un abuso la misa cotidiana, reduciéndola á los domingos: fundaba esta medida en la razon de que era despreciar la misa el celebrarla con frecuencia. Si el jefe habla así, ¿qué pensar de los subalternos y sobre todo de los administrados?

Los padres van á sus negocios y no tienen temor de Dios; ¿cómo lo inspirarán á sus hijos? La grande llaga de la ciudad es que la juventud está entregada á todos los vicios, y ni en Argel ni en ninguna otra parte he sido testigo de la desvergüenza pública de los niños de aquí. Cuando llegué, esto me sorprendió mucho, pero atribuí tanta indecencia á falta de vestido á causa de la miseria, mas despues he sabido que sólo es debido á la incuria de los padres, que pretenden que los actos de un niño no pueden ser pecado antes que tenga conciencia de ellos. La condicion de las mujeres armenias es tan miserable como la de las turcas: son poco menos que esclavas, y no tienen autoridad sino sobre sus hijas: los hijos no respetan más á sus madres que los maridos á sus esposas.

¿Qué conviene hacer para renovar esta ciudad? Predicar como san Pablo y san Francisco Javier. Indudablemente la predicacion del Evangelio y del catecismo produciria excelentes frutos, pero lo más urgente y que nos propusimos desde el principio, es reunir la multitud de niños que vagan por las calles. En el cumplimiento de esta obra nos encontramos frente á una oposicion hasta ahora invencible. Dos semanas antes del día fijado para abrir la escuela primaria, el bajá de la provincia me hizo notificar por el *montaçaref* ó prefecto de la ciudad, que no podíamos abrir escuelas sin autorizacion del Ministerio de Instruccion pública de Constantinopla. Posteriormente he sabido que era esto una medida general y política de Turquía. Sabido es que los armenios trabajan por su autonomía y quieren reconquistar su libertad como los rumanos y los sérvios, y sabido es tambien que la ignorancia es un medio empleado en todos tiempos por el Islam para mantener á los pueblos bajo su imperio.

Entre tanto no he perdido el tiempo: como se habla turco en el país, lo primero que habia que hacer era aprender la lengua, y nos hemos dedicado á ello. Mientras que los superiores, que tratan la cuestion de las escuelas en Constantinopla, nos alcanzan facultad para

establecerlas, hemos proyectado dar al culto exterior en nuestra capilla toda la brillantez posible, y con este motivo ejercemos una especie de magisterio. Nadie puede impedirnos tener una docena de niños para cantar en la iglesia: hemos elegido, pues, algunos, que son externos, pero que pasan todo el día en nuestra casa: su comportamiento, modestia y piedad permiten alimentar lisonjeras esperanzas.

Así que aprendimos la lengua del país, empezámos á establecer Congregaciones. El P. Atallah fundó la primera, y yo reuní doce señoras, una de ellas hermana del cónsul de Francia, que renovaron el acto de consagracion á la santísima Virgen. En la fiesta del sagrado Corazon se aumentó ese primer núcleo con otras veinte, y la Comunion frecuente, condicion principal de admision, fué adquiriendo favor en Adana. A la primera ocasion procuraremos establecer la misma obra entre los hombres.

Lo que más necesitamos es una iglesia, y sólo tenemos un aposento. Para las escuelas, si la Providencia dispone que las tengamos, será preciso un local más conveniente.

No podeis imaginaros la influencia que han adquirido los protestantes gracias á su nueva iglesia. El año pasado, segun se dice, tenian sólo 20 familias, y desde que compraron terreno en el centro de la ciudad, levantando un vasto edificio con escuelas, han ganado 40. En la casa que deseo alquilar si reunimos dinero hay dos salas, una capaz para 150 personas y otra para 250; será nuestra iglesia mientras esperamos tiempos mejores. Los protestantes han gastado ya 150,000 pesetas para su templo: nosotros gastaremos menos, pero tendremos la gracia de Dios. En nuestro reducido local hemos empezado una obra que atrae en particular á los armenios cismáticos; tal es la explicacion del Evangelio en forma de homilía: así que nos instalemos en una sala que nos permita recibir más oyentes, aguardaremos á los protestantes en este terreno.

Os remito una fotografía que representa el Estenordeste de Adana. (Pág. 161). El punto es considerado como una maravilla; la especie de kiosco levantado en el centro lo divide en dos partes iguales. El alminar más distante domina la gran mezquita, que no es otra cosa que una antigua iglesia católica de estilo bizantino.

Las casas, construidas de barro y ladrillo la mayor parte, ofrecen mal aspecto, por cuyo motivo la ciudad no tiene atractivo para el europeo. Sin embargo, en cada una de esas viviendas hay un rico divan con tapices y almohadones en invierno, y esteras finas en verano. Apenas se sienta el visitante, se le ofrece el *narguilhé*, especie de pipa de largo tubo de cuero, un cigarrillo, y en los días extraordinarios se presentan conservas: se acostumbra tomar delicadamente una cucharada con un vaso de agua; por último viene el indispensable café turco, azucarado entre los cristianos y siempre amargo entre los musulmanes. Concluidas estas dulzuras es preciso marcharse, pues es mayor inconveniencia quedarse despues de recibido el café, que despedirse antes de haberlo bebido (etiqueta oriental). Nosotros hemos tenido que adoptar el uso del café y del tabaco por Navidad y Pascua. Apenas recé la accion de gracias en esta última festividad, encontré lleno nuestro divan; eran las diez de la mañana: hasta la bendicion solemne á las seis de la tarde, retardada quince minutos á causa de la visita del coronel turco,

comandante de plaza, no tuvimos un momento nuestro. Nunca el H. Pehin habia hecho tanto café como aquel día, y yo, que no fumo, en mi vida he tragado tanto humo de tabaco. Ni siquiera tuvimos tiempo para comer. Los días siguientes fué preciso devolver las visitas. ¡Desdichado si descuidais alguno!

Lo que los cristianos hacen por Pascua y Navidad, los turcos lo practican en el *bairam* del Ramadan y en la fiesta del carnero ó 2.º *bairam*. Los turcos vienen á visitar á los cristianos, y éstos con mayor razon visitan á aquellos. No llenar estas formalidades seria incomprendible en el país y podria perjudicarnos; por tanto nos hemos conformado acerca este punto á las costumbres recibidas.

He terminado las noticias sobre Adana, en donde todo se limita aún á esperanzas. Ahora sembramos; ¿vendrá la cosecha? Este es el secreto de Dios.

SIRIA.

Carta del P. Maillet, de la Compañía de Jesús.



A Tierra Santa no ha cesado de ser el corazón de la Siria y de todo el Oriente. Dulcísimo es visitarla como peregrino, y mucho más trabajar al mismo tiempo en la salvación de los que la habitan. Esta segunda gracia es preciosa á los ojos del misionero.

Muchos Santos la desearon vivamente sin poder obtenerla, y el que escribe las presentes líneas la ha logrado sin haberla merecido.

Después de haber sido enviado desde Berito á Nazaret, en 1880, para dirigir los santos ejercicios en una fervorosa Comunidad, los dos años siguientes se me encargó predicar en árabe el retiro anual á los sacerdotes orientales de la Alta-Galilea, en los montes hoy denominados Balad-Bechara. El viaje de 1882 me ha puesto en relación con los habitantes de un país bíblico, en la actualidad poco conocido, permitiéndome ver de más cerca muchas cosas cuyo recuerdo me parece bueno conservar.

Algunos amigos verdaderamente entusiastas por las Misiones de Oriente, me han suplicado escribiese una parte de lo que he visto en este viaje y durante los piadosos ejercicios. Obedezco remitiéndolos las presentes páginas. Grande seria mi consuelo si pudiesen ser ofrecidas á los bienhechores de las Misiones como un homenaje de nuestra gratitud y afecto.

I.

El camino directo de Berito á Saida sigue casi la orilla del mar, dirigiéndose hacia el Sur. Al principio andase penosamente por playas arenosas, pero la vista se recrea en los hermosos pueblos que cubren las colinas del monte Líbano, protegidos todos por una ó más iglesias, en las que cada día se celebra el santo sacrificio.

Al cabo de seis horas de camino se pasa cerca de una antigua capilla dedicada al profeta Jonás, ocupada hoy por los musulmanes. Tres horas después se entra en Saida, la antigua Sidon, tan frecuentemente mencionada en las divinas Escrituras. El apóstol san Pablo, ya cautivo, encontró allí amigos fieles. (*Act. xxvii, 3*). La Iglesia católica cuenta aún en esta ciudad numerosos hijos.

El camino de Sidon á Tiro sigue siempre el litoral. Después de tres horas de marcha se llega al pueblo de Sarosand, poseído hoy por los musulmanes metualitas. Allí el camino pasa cerca de una blanca cúpula, levantada en el solar de la casa que habitó el profeta Elías en Sarepta.

Cuatro leguas más lejos hay la ciudad de Tiro, en otro tiempo tan grande y bella. San Pablo se detuvo en ella siete días, y en esta misma playa recibió la conmovedora despedida de los fieles. (*Act. xxi, 3-7*).

El obispo griego católico de la diócesis, á quien encontré en esta ciudad, me recibió con suma benevolencia y bendijo nuestros ejercicios, á los que asistieron casi todos sus sacerdotes.

Al salir de Tiro dejamos tras de nosotros los áridos arenales y nos dirigimos hacia el Oriente en el interior del país. El camino sube insensiblemente á las colinas de la antigua Fenicia, pasa al pie de un colosal sarcófago llamado sepulcro de Hiram, y sube en fin á las montañas del Balaad-Bechara, que pertenecieron en otro tiempo á las tribus israelitas de Aser y de Neftali.

El primer pueblo importante que se encuentra en las montañas conserva todavía su antiguo nombre hebreico de Caná. Este país, diferente del Caná mencionado en el Evangelio de san Juan, fué atribuido á la tribu de Aser cuando el reparto de la tierra de promisión. (*Jos. xix, 28*). En el valle al pie de Caná hay un pozo inagotable, cuya existencia ha determinado, después de milares de años, la posición de esta ciudad y de este camino. Aún al presente, como los antiguos pozos de los Patriarcas, está continuamente rodeado de camellos á quienes se abreva, y de rebaños de bueyes, cabras y ovejas. Mas para sacar el agua, cada uno tiene que ir provisto de cuerda y cántaro, como en el pozo de la Samaritana, ó recurrir á la caridad de otros.

Caná de Aser es habitado por musulmanes metualitas y católicos del rito griego. Éstos gozan al presente de paz y forman una parroquia importante. Con grande consuelo ejercí entre ellos dos días el santo ministerio.

II.

Los descendientes de Aser y de Neftali obtuvieron las provincias septentrionales de la tierra prometida, y en particular los montes á donde llegamos. El libro de Josué indica esto claramente en el capítulo xix.

De este país decía el santo patriarca Jacob en sus bendiciones proféticas: «El pan de Aser es excelente, y hará las delicias de los reyes. (*Gen. xlix, 21*).» Moisés, amado de Dios y de los hombres, decía á su vez: «Neftali gozará de la abundancia y será colmado de las bendiciones del cielo. (*Deuter. xxxii, 21*).»

Gracias al Señor, la antigua fertilidad de estas montañas no ha desaparecido enteramente. Vénse todavía en ellas hermosas viñas y gran número de higueras, y producen en abundancia trigo y diversas especies de legumbres cuando el terreno está bien cultivado. Desdichadamente las tierras han sido arrastradas más de una vez por los torrentes de invierno. Las fuentes de agua viva son rarísimas, y en estío con dificultad se encuentra agua potable. Los antiguos habitantes habían construido muchas cisternas para conservar el agua pluvial; pero todo fué abandonado y en gran parte destruido.

La población de Balad-Bechara se extiende entre Sa-

fed y la embocadura del río Litani, como puede verse en los mapas modernos de la Palestina ó de la Siria.

El viaje de Berito á Balad-Bechara es de unas veinte y cinco leguas, que comunmente se hacen á caballo en tres días. Esta carrera no deja de causar fatiga, especialmente durante los grandes calores, pero un misionero no debe quejarse de ella; y ese preludio algo penoso atraerá sobre él las bendiciones del cielo. Además, estas largas horas de camino y soledad no son tiempo perdido si se aprovechan para orar y meditar. Con frecuencia también podemos hablar de Dios y de su servicio con las personas que encontramos en el camino, y tales palabras son aquí bien recibidas hasta por aquellos que no tienen la dicha de ser cristianos. Finalmente, cuando se es aficionado á las ciencias sagradas, ¿no es interesante visitar los países bíblicos citados á menudo en el Antiguo y en el Nuevo Testamento? El ilustre san Jerónimo proclamó las ventajas de esas religiosas peregrinaciones en sus cartas á san Paulino.

Así es como, sin aburrirme poco ni mucho, ví segunda vez el Balad-Bechara á principios de setiembre de 1882.

Prosigamos el camino, y demos de paso una mirada al antiguo castillo de los Cruzados, cuyas ruinas dominan gran parte de estas montañas. En el libro XI de su Historia de las Cruzadas, capítulo 3.º, Guillermo de Tiro dice que este castillo fué edificado por Hugo de Saint-Omer, á una distancia poco más ó menos igual entre la ciudad de Tiro y de Paneas ó Cesarea de Filipo, sobre una colina en punta, en un lugar muy agradable llamado Tebuín. Esto era el año 1107.

Por desgracia esta fortaleza fué destruida en 1219, y cuando en 1229 el sultan Malek-Kamel entregó sus ruinas á los Cruzados, no pudo ser reparada sino imperfectamente. Hoy sólo tienen de notable su emplazamiento y su extension. El cerco, que es rectangular, mide más de trescientos metros de lado. Hace treinta años un jefe metualita se construyó allí una residencia árabe que cae ya en ruinas. La grande fortaleza de los Cruzados sobre Cesarea de Filipo está mejor conservada, pero en completo abandono.

III.

La obra de los ejercicios eclesiásticos es en todas partes de suma importancia, pero especialmente útil y casi necesaria á los sacerdotes que viven aislados en los pueblos y expuestos á toda suerte de distracciones.

En 1881 nuestro retiro eclesiástico del Balad-Bechara fué seguido por diez y ocho Curas, nueve de ellos maronitas y los otros nueve del rito griego. Este año hemos tenido once Curas griegos católicos y cinco ó seis maronitas, los únicos que pudieron acudir á nuestro llamamiento. El retiro empezó el lunes y terminó el sábado siguiente.

Los ejercitantes llegaron en diferentes horas, algunos separadamente. Varios, venidos de la extremidad de la parroquia, hicieron cinco ó seis leguas á caballo por malos caminos. Algunos son ya ancianos de lengua barba blanca.

Salimos al encuentro de todos los que se presentan y cambiamos con ellos los saludos que la etiqueta árabe, unida á los sentimientos religiosos, acostumbra inspirar en semejantes casos. Las mútuas relaciones fueron cordialísimas, pues la caridad de Cristo une en todas par-

tes á los hijos de la santa Iglesia. La obra de los misioneros católicos posee una virtud maravillosa para mover á los hombres á amarse y auxiliarse recíprocamente. Pidamos á Dios se digne hacer partícipes de estas preciosas ventajas á todas las provincias del Oriente.

La mayor parte de los pueblos del Balad-Bechara son ocupados hace muchos siglos por metualitas, esto es partidarios de la familia de Alí, considerados como sectarios por los otros mahometanos. Los católicos habitan solos en cuatro ó cinco pueblos, y en otros veinte viven á veces en corto número al lado de los metualitas. Todos los cantones del país están sometidos á gobernadores musulmanes. Bajo el respecto religioso, los católicos de estas montañas pertenecen á tres diferentes diócesis: los maronitas á la de Sidon, los griegos unidos á la de Tiro y de San Juan de Acre. El número de sacerdotes se eleva á veinte y uno ó veinte y dos. No hay parroquia latina ni convento de hombres en el Balad-Bechara.

Los sacerdotes ejercitantes, Curas de parroquias y ministros de Jesucristo en medio de los infieles, estaban todos reunidos en la sala de ejercicios y sentados en el suelo sobre una sencilla estera de juncos. Al entrar, conforme la costumbre, se quitaron el calzado y saludaron la imagen del sagrado Corazon. Luego recé con ellos el *Ave Maria* en árabe, y el lector tomó el libro de la *Perfeccion cristiana*, del P. Rodriguez, y lo abrió con gravedad.

Todos escuchan al principio en silencio; pero en breve esta sublime lectura produce en sus almas una impresion que tarda poco en manifestarse. Sus rostros parecen iluminarse. Comprenden estas enseñanzas tan prácticas de la abnegacion cristiana. Las admiran y alaban con piadosas exclamaciones.

— ¡Oh, qué doctrina tan hermosa! exclama uno de ellos. Verdaderamente es esta la ciencia de los Santos. ¡Ay, cuán lejos estamos de la perfeccion!

— Todas estas palabras son sustanciales, decía otro, y desenmascaran las ilusiones del amor propio y de la sensualidad. ¡Oh! ¡Hé aquí el puro espíritu del Evangelio!

— Renunciarse á sí propio en todas las cosas, buscar únicamente á Dios y agradarle, nada más bello. Fuera de esto todo es vanidad.

— ¡Cómo este autor da en el blanco! exclamaba otro. Corta en lo vivo. Verdaderamente aplica la segur á la raíz del árbol. ¡Quisiera tener este libro para leerlo á menudo!

Semejantes exclamaciones interrumpiendo tan preciosa lectura me recordaban en cierto modo los conmovedores diálogos de san Efrén, y revelan verdadera inteligencia de la religion cristiana y de la perfeccion sacerdotal.

IV.

Para volver desde Ain-Ebel á Tiro, no seguí el camino directo que baja de esta ciudad pasando por Caná de Aser. Dos obras de celo me obligaron á dar un rodeo hácia el Sudoeste del Balad-Bechara. Ví en los montes vastísimos terrenos hoy inhabitados y cubiertos de bosques y malezas. En aquel momento parte de los bosques era entregado á las llamas por los moradores de los pueblos vecinos.

Era un espectáculo á la vez horroroso y sublime, y

como un cuadro del último día del mundo. Bajo el sol ardiente del medio día, el fuego algo rojizo, rápido como el rayo, se propagó repentinamente de árbol en árbol, devorando encinas, terebintos y algarrobos. Oíanse por todas partes lúgubres chisporroteos como de una ametralladora. Algunas horas después muchas hectáreas de estos bosques á la mañana tan verdes, estaban carbonizadas.

Los troncos de los árboles medio consumidos serán llevados al hogar doméstico. Después los aldeanos sembrarán cebada ó trigo en este terreno cubierto de ceniza, y durante algunos años la cosecha será excelente, á menos que el peñasco, pelado por una fatal imprudencia, quede estéril para siempre.

Un sacerdote griego que me acompañaba me mostró en el camino notables ruinas de un antiguo sepulcro excavado en la roca. Antes de anochecer llegamos á sitios muy pintorescos donde las últimas montañas del Balad-Bechara tocan á la llanura de San Juan de Acre, la antigua Ptolemaida. Estábamos á últimos de setiembre.

Al otro lado de la llanura, hacia el Sur, se levantaba ante nosotros la santa montaña del Carmelo, donde los religiosos, hijos del profeta Elías, se preparaban á celebrar solemnemente la fiesta de santa Teresa y el tercer centenario de su gloriosa muerte.

Saliendo del hermoso pueblo de El-Bassa, continué por el camino del litoral dirigiéndome al Norte. Tenía que hacer cinco ó seis leguas á caballo para llegar á Tiro. Dos hombres de El-Bassa, provistos de sus armas, me acompañaron á pie. Entramos solos en los angostos desfiladeros de Cabo-Blanco, cortados sobre los profundos abismos del mar y á menudo infestados de ladrones. Gracias á Dios, fuimos preservados de todo accidente. Un particular consuelo me fué concedido en este camino peligroso y solitario. Quisimos descansar junto á las aguas que saltan aún entre las ruinas de Skanderuna. Este nombre, abreviado del antiguo nombre griego Alexandroxene, recuerda la estancia que hizo en este lugar Skander, Alejandro el Grande. Allí encontré á varios metualitas pacíficos de un pueblo próximo, y tuvimos con ellos, acerca nuestros comunes deberes con Dios y con los hombres, una conversacion que pareció complacerles, pues al partir decían á mis compañeros de viaje:

— ¡Cuán buenos son los sacerdotes católicos!

En Tiro el Padre franciscano que es Cura de la parroquia me dispensó cordial acogida. A la mañana siguiente continué por el camino de Berito y pasé de nuevo á Sarepta cerca del santuario de Elías, que los metualitas me permitieron visitar.

Al anochecer llegué á Sidon, donde encontré tres de nuestros Padres, uno de los cuales, antiguo misionero, ha evangelizado varias veces el Balad-Bechara. Dos días después estaba de regreso en Berito y proseguía, en la universidad de San José, el curso ordinario de mis ocupaciones.

CHINA.

Carta del Rdo. Pourias, misionero del Yun-nan.

Tong-Tchuang-fu, 21 de noviembre de 1882.



quí, más tal vez que en otras partes, se verifica la palabra evangélica de que «es abundante la mies, pero pocos los operarios.» Para comunicarnos nuestras esperanzas y la necesidad que tenemos de misioneros, voy á trazarnos un cuadro gene-

ral de uno de estos cantones que carecen de sacerdotes, lo que os ayudará á formar juicio de los otros.

El primer puesto en mi lista de visita es Tche-hay con sus dependencias.

A la tercera luna los cristianos de este punto vinieron á buscarme, pidiendo muchos de ellos el Bautismo. Un catequista les enseñaba hacia tres meses la doctrina cristiana, y así estaban suficientemente instruidos.

Una hermosa mañana de otoño partí, pues, para Tche-hay, que nunca había visitado. Al salir de una extensa llanura se entra en desfiladeros más ó menos angostos. El camino, ó mejor el sendero, serpentea á través de cordilleras de montes agrestes, cuyos desnudos flancos se muestran á trechos profundamente quebrados por el tiempo y los huracanes; luego se ensancha el terreno y el paisaje toma un aspecto más alegre. Llegase entonces á los tejares de Teu-tang, especie de meseta en la que contamos unos sesenta catecúmenos diseminados á uno y otro lado y cuyas casas están ocultas en los repliegues del terreno. Los tejeros abandonaron sus hornos y me aguardaban en el camino con el catequista al frente: entramos en casa de uno de ellos y tomamos una taza de té, único refresco de lujo en aquellas comarcas. Les exhorté á instruirse lo mejor posible, pues tardaría poco en volver, y admitiría al bautismo á los que estuviesen bien dispuestos.

A una legua de distancia, en la orilla de un riachuelo que riega campos esmeradamente cultivados, con pueblecillos á trechos, encontré otra pequeña cristianidad en via de formacion. Una familia adoró el año último, otras dos siguieron su ejemplo, y aguardaban mi paso para poner sus tablitas cristianas: las fijamos, y después de una modesta comida proseguimos la marcha.

San-tao-keu, esto es juncion de tres riachuelos, tal es el nombre de este distrito: los habitantes son sencillos, y la mayor parte dedicados al cultivo. Unos son chinos y otros Lo-Lo ó Miao-tsé, y todos, excepto dos ó tres familias, son pobrísimos. Si tuviese yo recursos daría algunos taels á estas buenas gentes para arreglar de un modo conveniente una de sus habitaciones á fin de que pudiese servir de oratorio y de lugar de reunion.

Era ya tarde cuando, traspuesto un montecillo, entramos en la vasta llanura de Tche-hay. El sol declinaba rápidamente, dorando las cumbres con sus postreros rayos. La sombra, que iba extendiéndose en los campos, marcaba en trazos salientes, parecidos á bandas negras, numerosos pueblos diseminados á uno y otro lado sin orden ni concierto, ocultos y como perdidos en los bosquecillos y sotos, pues es de notar que los chinos, que asolan inexorablemente las montañas, é incendian y saquean los más insignificantes grupos de árboles, gustan por otra parte que reine la sombra en el interior de sus viviendas. No contentos con rodearlas de bambúes ó cipreses, la mayoría levanta además una gran pared ante su puerta de entrada para ocultarla á los ojos de los pasajeros y protegerla sin duda de las miradas indiscretas. Hasta los mendigos quieren tener su tapia, siquiera mida cuatro piés de altura por media braza de ancho...

¿Cuál puede ser el motivo de esta predileccion por la sombra y el misterio? No será ciertamente por amor al silencio y al retiro, pues nadie hay más amigo del ruido y menos casero que el chino: excepto para fumar el opio ó comer el arroz, nunca se le encuentra en casa. He oido decir que eso es una medida de precaucion, no siempre inútil.

Continuaba mi camino, cuando me encontré frente un grupo de cristianos: puse pié á tierra creyendo habia llegado al término de la jornada, pero aquellas buenas gentes me dijeron que aún tenia que recorrer diez *lys*. Monté de nuevo precedido de dos guías, siguiendo los demás en pos de nosotros. En breve una línea de fuego ilumina el horizonte y se oyen tres detonaciones sucesivas. Me hallaba ya en Tche-hay.

A la luz de algunas candelas y de ahumadas lámparas hicimos nuestra entrada en un vasto patio con edificios á ciertas distancias, y que yo, gracias á la oscuridad, creí que era un palacio. Todo el mundo estaba presente. Una breve oracion en comun, y la aspersion con agua bendita fueron mi exordio. Despues de una cena frugal y de un rato de conversacion, cada cual se buscó cama y yo no fuí el último en conciliar el sueño.

El día siguiente hizo buen tiempo como la víspera. Terminado el desayuno monté á caballo, y seguido de algunos cristianos fuí á inspeccionar en regla cada familia, para cerciorarme de si estaban fijadas las tablillas de nuestra santa religion, si existian aún resabios de paganismo y si cada cual cumplia su deber.

La visita fué satisfactoria, excepto en tres familias, cuyas mujeres de ningun modo querian oír hablar de Dios. Advertidas de mi llegada, huyeron de la casa. El marido de una de ellas partió en su busca; consiguió volverla, é hizo su adoracion de más buena voluntad de lo que yo creyera. Respecto á las otras dos, no se presentaron, y aún juró la más osada que se envenenaria si se le volvía á hablar de religion cristiana. Ante tanta obstinacion nada podíamos hacer; partí poco edificado de la virtud de esas damas, pero encomendando á sus maridos que las tratasen con paciencia y discrecion.

La estacion de Tche-hay sólo comprende unos cuarenta catecúmenos. Únicamente dos ó tres habian sido admitidos al Bautismo, y muchos otros deseaban vivamente recibirlo. Como estaban bien preparados, no tuve que hacer más sino darles unos ejercicios de tres días, á los que asistieron religiosamente, aún los que no habian de ser bautizados. Un viernes por la mañana tuve el consuelo de derramar el agua regeneradora en la cabeza de diez adultos perfectamente en estado de comprender la gracia que recibian.

Viendo extenderse ante mí la hermosa y vasta llanura de Tche-hay con sus pueblos y plantaciones, recogiendo estas primicias del nombre cristiano en una comarca donde dos años atrás apenas era conocido, comprendí cuán necesaria es allí la presencia de un misionero para activar la obra de Dios y abrazar las regiones vecinas. Tche-hay, en efecto, toca los límites de Tchao-Tong-fu y confina, pasando por Uy-lin, con Tchen-Huong-tcheu. Si pudiésemos unirnos y darnos la mano, ¡cuán hermosos frutos recogeríamos!

El día siguiente, sábado, me despedí de los neófitos de Tche-hay y tomé el camino de la montaña. A las once encontramos un hombre que al verme se detiene, y se arrodilla.

— ¿Quién eres? le pregunto.

— Cristiano, contesta, y vengo á buscar al Padre.

— Precisamente ahora veníamos á verte: vuélvete y dispon lo necesario; pasaremos la noche en tu casa.

Al cabo de dos horas llegamos á To-tché, donde mora aquel cristiano, llamado Vang. To-tché es un pueblo en otro tiempo *loló* y hoy casi enteramente chino, oculto en los montes, rodeado de abetos y nogueras.

Esta pobre familia, compuesta de seis ó siete personas, me pareció muy miserable: los niños estaban bautizados; pero todos, grandes y pequeños, eran muy ignorantes y apenas sabian una palabra de doctrina. ¿Quién hubiera podido instruirles? Ninguno de ellos conoce los caracteres, y viven muy lejos y sobre todo son harto pobres para venir á estudiar en la residencia del Padre. Un catequista pasa de vez en cuando por la comarca, pero lo poco que les enseña queda pronto olvidado. Varias veces proyecté establecer una escuela gratuita para los cristianos indigentes de este distrito, pero me lo impidió la falta de recursos. Hasta que el Señor me los procure, si esto entra en sus designios, nuestros catequistas recorren el país: cuando uno no hace lo que quiere, procura por lo menos hacer lo que puede.

El siguiente día, domingo, celebré la santa Misa en un local estrecho y en un sencillísimo altar. Terminadas las oraciones en comun partimos para la estacion de Koko, distante cinco leguas. El camino es de los más pintorescos, si bien el conjunto del país ofrece un aspecto salvaje y se me asegura que las costumbres de los habitantes guardan armonía con el golpe de vista general de la comarca. Las familias más influyentes están casi siempre en guerra; los ataques á mano armada, los homicidios aislados y la destruccion de pueblos enteros dicen que quedan enteramente impunes...

El sendero que seguíamos era el más corto, pero tambien el más escabroso. En muchos lugares me ví obligado á poner pié á tierra para no rodar con mi cabalgadura en los torrentes que mugian al fondo del abismo. A las cinco divisámos una especie de castillo: habíamos llegado al término del viaje. Unas treinta personas me aguardaban bajo el pórtico y me recibieron con una postracion general: todas las miradas eran benévolas y amigas, pero de intensa curiosidad, pues excepto un anciano y otras dos ó tres personas, nadie habia visto un Padre ni un europeo; con mi luenga barba y grandes botas debia parecerles un sér fantástico.

Procedí al exámen acerca la doctrina y las disposiciones de cada uno. Las mujeres sobre todo contestaron con un aplomo y espíritu admirable. Respecto á los niños, recitaban tan aprisa que apenas tenian tiempo para respirar. Dispuse que once de ellos se preparasen para ser bautizados el día siguiente, aplazando los demás para más tarde.

Hubiera querido permanecer algunos días entre aquellos buenos neófitos de Ko-ko; pero se me aguardaba en otro punto, y me despedí prometiéndoles volver á la 12.^a luna, en que bautizaria á los que no lo estuviesen. Por la noche llegámos á los tejares de Teu-Tang: todo el mundo estaba presente: me cedieron la mejor habitacion, y me establecí allí para pasar las fiestas. Era el 30 de octubre.

Teu-Tang se compone de cuarenta familias, de ellas doce ó trece cristianas. Estas últimas, catequizadas hacia tan sólo tres meses, deseaban recibir al Padre. Antes y despues de cenar tuvieron lugar los exámenes. Como en Ko-ko, quedé maravillado: todos los que habian seguido las enseñanzas del catequista contestaban con seguridad á todas mis preguntas. Prometí el Bautismo á diez y siete. El día siguiente se pasó en ejercicios, y en la festividad de Todos los Santos tuve la dicha de alistar en la Iglesia militante una nueva legion llena de entusiasmo y de fervor. Todo el día fué realmente

una fiesta. Abuelos, padres y niños, todos rebotaban de júbilo. Yo participé en gran parte de este regocijo. Hacia un año apenas que estas gentes, grandes y pequeños, vegetaban sumidos en las tinieblas del paganismo: quizá nunca oyeron hablar de un Dios Salvador, y hoy estaban marcados con el sello de los elegidos. Dios es verdaderamente admirable en sus obras. Él sondeó la rectitud de estas almas, y su gracia descendió abundante y eficaz...

El día de Difuntos regresé á mi residencia lleno de consuelo. Cuando se logra bautizar á unos cuarenta adultos, no hay lugar para pensar en la fatiga...

Los mandarines de aquí parecen buenos, y estamos con ellos en cordiales relaciones.

ÁFRICA ORIENTAL.

Diario de viaje del P. Courtois, de la Compañía de Jesús, misionero del Zambese.

ME encuentro en el penúltimo alto de mi viaje. Sólo me falta visitar á Mozambique, y llegaremos por fin á nuestro destino. Habiendo partido el 6 de setiembre de Lisboa, me encuentro aún hoy, 17 de octubre, en la ciudad y puerto de Zanzíbar. Con todo, no murmuremos de la divina Providencia ni nos quejemos de los enojosos retardos: los días de parada nos permiten trabar conocimiento con los moradores del Africa, que ciertamente no carecen de interés. Hoy hablaré de Aden y de Zanzíbar, lo que nos permitirá aprovechar el tiempo.

Aden.— Hemos permanecido cuatro días y medio en esta ciudad, desde el 28 de setiembre al 2 de octubre. Su territorio forma una península que se adelanta en el Océano índico, á la entrada del mar Rojo. Nada más triste y desagradable que la permanencia en Aden. No hay allí sino montes enhiestos y volcánicos, peñascos agudos y pelados, morada predilecta de los buitres y otras aves de rapiña. Allí uno se aburre extraordinariamente: sol ardoroso, calor sofocante, continuo sudar y nada de vegetación, ni un árbol, ni una flor, ni una planta que recree la vista. Los ingleses, no obstante, se han aplicado á hacer de Aden una plaza fuerte é inexpugnable. Steamer-Point, en donde están situados el puerto, las factorías y otras casas de comercio, se une á la ciudad árabe, distante una legua, por medio de un buen camino y de espléndidos túneles. Muchos cañones montados en todos los puntos eminentes de la península dan al paisaje un aspecto verdaderamente imponente.

Pasé dos días en el convento de los Padres Capuchinos de Aden; su pobreza no les impidió ofrecerme la más generosa hospitalidad.

Entre ellos encontré á dos Padres del Espíritu Santo y un Hermano que debia venir conmigo á Zanzíbar, y nueve Padres de la Compañía de Jesús de paso para la China: tuve no poca satisfacción de conocerles. Antes de cenar, fuimos á dar un paseo por la ciudad y sus alrededores. El cementerio católico es vasto y bien conservado: cerca de éste hay uno de los ingleses y otro de los indios. Estos últimos tienen la costumbre de quemar los cuerpos de sus difuntos y aventar sus cenizas. En un extremo de la población los ingleses han construido inmensas cisternas para recoger las aguas pluviales. Por desdicha estos receptáculos están secos mucho tiem-

po há, pues de ocho años á esta parte el cielo se muestra de bronce para estos países desolados. El agua de los pozos es salobre, y para hacerla potable es preciso destilarla. Cruzamos una gran plaza en donde paran los camellos de la ciudad. Estas bestias son pacíficas cabalgaduras de las que se sirven los indios para los trasportes y los viajes. Por el camino de Aden se les ve en largas hileras, cargados unos con pesados paquetes, y yendo otros al trote como nobles y ágiles corceles.

En nuestra excursión á las cisternas tuvimos la curiosidad de visitar el templo de los Parsis. Esta secta de la India, una de las más influyentes, adora el fuego y lo conserva, segun parece, en un santuario impenetrable á los profanos. Dos negros custodian el templo. El sacerdote parsi se disponia á cocer galleta para su comida de la tarde, y nos permitió entrar en las dos grandes salas de la casa, que nada ofrecian de notable. Mesas, algunos libros de oraciones, cuadros colgados en la pared, á esto se reducía toda la ornamentación. Lo que me pareció excelente, fué un magnífico receptáculo de agua fresca; contra el fuego ó el incendio nunca se toman sobradas precauciones. Como habia oido decir que los individuos de esta secta exponen sus difuntos al aire libre y en lo alto de una torre, naturalmente busqué con avidez esa misteriosa torre del silencio, y la ví en un recinto apartado. El superior de los Capuchinos, que nos acompañaba, pidió al sacerdote parsi si podíamos entrar en el patio interior donde se levanta la torre. Éste, atareado en cocer sus galletas, nos concedió todos los permisos, de los que nos aprovechamos largamente. En el interior del patio habia una escala, la aplicamos al edificio, y al cabo de pocos minutos todos habíamos hecho la ascension. En la meseta de la torre, de forma circular, hay pequeños féretros horizontales en los que se coloca los cadáveres; y en el centro se ve un pozo en el que se echan los huesos antiguos cuando todas las cajas están llenas. Habia allí diez y ocho esqueletos muy bien conservados, enteramente despojados de la carne. Entre tanto los guardias gritaban y golpeaban en la puerta, diciéndonos que saliésemos pronto, porque si llegaban los parsis nos cortarian la cabeza. Nos apresuramos á obedecer, tanto más cuanto estábamos ya satisfechos; habíamos visto lo que caracteriza principalmente la secta.

En la ciudad y sus alrededores encuéntranse muchos pangües en los que se tributa solemne culto á las principales divinidades de la India. La víspera de mi partida visité el pangü del dios protector de los perros y el del dios protector de los palomos. Los guardianes de estos templos cuidan con esmero á estos animales y volátiles, y se los hacen amigos: así es que perros y palomos acuden allí en gran número. El pangü de los perros está adosado al monte en un lugar muy retirado. Al llegar se ve una caverna profunda y oscura, en cuyo fondo hay un ídolo disforme y horroroso. Es una piedra labrada en forma de cabeza humana, con dos grandes ojos y dos largas orejas, toda embadurnada de bermellon y rociada con aceite de palma. Ante el ídolo arde una lámpara cuyo humo esparce un olor fétido. Frente de esta gruta se levanta un pedestal con la marca de dos piés y una cabeza. Algo más arriba se encuentra una caverna más vasta y extraña aún, á la que se llega por diez ó doce escalones. Es la morada de una divinidad que seria difícil de describir, tan horroroso es su aspecto: cabeza de dragon, con orejas de perro, y ter-

minando el cuerpo en cola de serpiente. Allí también hay una lámpara encendida y multitud de objetos supersticiosos, amuletos, campanillas, banderas rojas y vestiduras sagradas. Los guardas nos explicaron cómo se ha de orar ante el ídolo. Notemos de paso que tienen en particular estima la boñiga, y la encontramos en pedazos secos á la entrada del pangú. Si no hubiésemos pedido permiso para conservar nuestro calzado, no hubiéramos podido penetrar en este templo so pena de quitárnoslo.

A cierta distancia encontramos junto al camino otro lugar de superstición. Nada más sencillo y primitivo. Figúraos una pared de piedra en seco, como las que se construyen en las montañas para aguardar la caza. El recinto es circular. A Levante hay una abertura que sirve de entrada, y en el fondo cuelgan algunas cañas en las que hay sujetos paños rojos; en el centro una gran piedra, que semeja un mojon reluciente de aceite y pintado de rojo. En el momento en que llegamos, un viejo indio ofrecía un sacrificio á esta singular divinidad. El estado del infeliz causaba horror. El cuerpo casi desnudo, los cabellos en desorden, los ojos centelleantes, levantaba y bajaba los brazos, juntaba las manos y hacía postraciones, repitiendo una letanía de palabras entrecortadas y confusas. En seguida ofreció un coco; lo cortó en pedazos y echó la cáscara á los cuatro puntos cardinales. Nuestra presencia no pareció preocuparle ni intimidarle gran cosa. Cuando hubo concluido, se desvió y permaneció sumido en una especie de meditación profunda. Los otros indios de la secta que pasaban por el camino, se volvían hacia el ídolo y juntaban las manos para saludarle.

Estos indios se muestran muy respetuosos con los Padris (misioneros), y confiesan que el Dios de los blancos es más poderoso que su dios. Pero no se atreven á abandonar sus prácticas supersticiosas por temor de atraerse algún castigo de sus divinidades. ¡Oh! ¡cuánto la vista de semejantes horrores debe excitarnos á orar con frecuencia y á pedir que el reinado de nuestro Señor Jesucristo se extienda por toda la tierra y llegue por fin entre los pueblos aún sentados en las sombras de la muerte! *Adveniat regnum tuum!*

Zanzíbar.—El viaje de Aden á Zanzíbar ha durado once días, y puede reducirse á los siguientes puntos: mar hinchada, viento contrario, mareo continuo, monotonía abrumadora. Éramos á bordo unos quince viajeros: dos Padres de la Congregación del Espíritu Santo, un Hermano, el señor cónsul de Francia en Zanzíbar, un antiguo oficial de espahis, gran cazador de fieras en África, un mayor portugués, tres doctores goaneses, cinco ó seis señoras y algunos negociantes. El viernes 13 de octubre, al apuntar el día, llegamos frente la isla de Pemba, plantada de girofleros, cuyos frutos se cosechan ahora. ¡Cuán bella y vigorosa es la vegetación de los trópicos!

En breve desaparecen Pemba y los arrecifes que la rodean, y poco se tarda en divisar al Este la punta Norte de la isla de Zanzíbar, á donde abordaremos luego, y se nos ofrece idéntico espectáculo de exuberante vegetación, embellecido esta vez por una lluvia torrencial: estos aguaceros se llaman lluvias de los trópicos, y son singulares duchas capaces de aliviar á más de una cabeza caliente y curar á no pocos cerebros enfermos.

Adelantamos con suma lentitud y precaución extrema. La entrada del puerto parece un largo canal estrechado

entre dos bancos de arena y de rocas. Es preciso costear dos ó tres islotes cuyos bordes están cubiertos de arrecifes. Durante una hora el buque anda paralelamente á la isla. Vemos pescadores preparando las redes y las chozas indias escalonadas á lo largo de la playa en medio de los bambúes y de los cocoteros. Estas cabañas rústicas, cubiertas de bálago, forman el arrabal de la ciudad árabe. Por fin á las dos de la tarde nuestro vapor *Java* echa el ancla: estamos en el puerto de Zanzíbar. Teniendo libertad para saltar á una navicilla é ir á descansar en tierra, me apresuro á hacerlo en compañía y á invitación de los PP. Carlos y Augusto Gommenginger y del H. Theonas, mis compañeros de viaje desde Aden.

Recibí la más cordial hospitalidad en la residencia de la Mision. ¡Cuán dulce le es al misionero encontrar en remota playa una casa de refugio! Recomendando á nuestros futuros apóstoles del Zambese la residencia del santísimo Corazón de María de Zanzíbar. Allí encontrarán corazones generosos y amadísimos hermanos, descansarán en la paz y en el gozo de una familia religiosa, se restablecerán enteramente de las fatigas de la navegación y cobrarán nuevas fuerzas para las últimas etapas del viaje.

Hemos empleado los tres días de descanso en visitar las curiosidades de la población. Lo que más le llama la atención al que llega por primera vez á Zanzíbar, es la variedad de sus habitantes. Encuéntrense á cada paso rostros enteramente nuevos, tipos diversos y trajes los más extravagantes: europeos, goaneses, musulmanes, judíos, banianos, indios, negros y somalis. Los hombres en general son altos y vigorosos, tienen los cabellos crespos, gruesos labios y dos hermosas hileras de blancos dientes. Unos se cubren con largas ropas y casquete blanco, estos son los esclavos: otros llevan túnicas y su capote de color; los hay con turbante ó toca roja, y algunos sólo visten las tradicionales enaguillas. El calzado es poco conocido, y para el mayor número un verdadero lujo. Encuéntrese allí el traje árabe de todo matiz, lo mismo que el de los banianos y de los parsis de la India. El vestido de las mujeres consiste en largas telas de variadísimos colores, con las que se envuelven con mucho gusto y aseo. Llevan los cabellos cortados con arte, ó flotando con abundantes trenzas por la espalda, y muchas se cubren cuidadosamente el rostro con un velo negro. Casi todas ostentan en la nariz izquierda una especie de placa de cobre dorado, del tamaño de una moneda de cincuenta céntimos. Llevan cuello, brazos y piernas sobrecargados de collares, anillos y brazaletes de toda forma y de todo calibre. He visto niños que traían varias docenas de anillos en la nariz y las orejas, no quedando ya lugar para un adorno más.

La ciudad de Zanzíbar, capital de la isla de este nombre, se extiende á orillas del Océano. Grande y animadísima, cuenta algunas casas de buena apariencia, pero el resto de la ciudad es miserable. Las calles, el paseo y los barrios próximos al palacio del Sultán presentan un simulacro de civilización europea, observándose mejor la limpieza y el orden. Otro tanto hay que decir de los barrios de la Mision y de los consulados. Pero al lado de esto encuéntrense verdaderos tugurios y callejones estrechos, tortuosos y llenos de escombros. ¿Qué decir de esos mercaderes, de esas mil tiendas y curiosos bazares en los que se instalan las industrias del genio indio y los productos tan abundantes del suelo? ¡Qué de co-

sas nuevas para un europeo! Los hay para todos los gustos y todas las fortunas. Aquí y allá se ven esclavos y presidiarios que sufren la pena de sus crímenes. Están condenados á arrastrar durante meses y á veces toda la vida, una pesada cadena. Tienen que regar las calles, barrer las casas, transportar los bagajes y desempeñar los más viles empleos. De esta suerte transitan por la ciudad, y su ejemplo es ciertamente una saludable lección para los ladrones y los ebrios. Los aficionados á la música no tienen más que detenerse ante la choza de los conciertos, donde se oyen los armoniosos sonos del pí-fano y del *maritam* ó tambor africano, si bien se expone á que le rasguen los tímpanos.

El día siguiente al de nuestra llegada fuimos á visitar el hospital católico, confiado á los cuidados de las religiosas, Hijas de María, de Borbon. Si la casa no está á la altura de las de Europa, se distingue á lo menos por su limpieza y buen orden. La caridad cristiana obra allí como en todas partes prodigios de abnegacion y celo. El edificio, de estilo árabe y bien ventilado, está á orillas del Océano y goza de excelente vista. En el hospital hay aneja una escuela para las negritas á quienes se rescata ó quita á los mercaderes de esclavos. Los Padres por su parte reciben á los niños, los educan en la religion cristiana, les enseñan á leer y escribir, y los dedican á algun oficio útil.

Estos serán los futuros catequistas, los artesanos y las

primeras familias cristianas en los nuevos puestos de las Misiones que se fundarán más tarde. Estos niños son numerosos, tanto en la casa de los Padres de Zanzíbar como en su magnífico establecimiento de Bagamoyo y en las costas de África.

Ahora sería interesante examinar lo que hace la caridad árabe en favor de los desheredados de la fortuna. La comparacion redundaria enteramente en favor nuestro.

Para convencerse de ello basta entrar en el hospital musulman, si es que tal nombre puede darse á una miserable choza abierta á todos los vientos. Aqueles, sin embargo, el asilo de todos los enfermos de la ciudad. El sultan les da de comer, y á esto se reduce todo. Privados de consuelo, sin remedio y sin esperanza, se arrastran sobre su estera ó yacen en el suelo... ¡Es duro comer el pan del sufrimiento sin recibir el alimento espiritual del alma que anima y fortifica!

El sultan Said Bargahe trabaja no obstante para el bienestar y ventura de sus

súbditos. Proclámase su bondad, su justicia y su magnificencia, y estos elogios son merecidos. Los europeos, los misioneros, los negociantes y marinos no pueden menos de ensalzar su perfecta equidad y la completa libertad que concede á cuantos viven en sus tierras. El príncipe, iniciado en las costumbres europeas, se esfuerza por introducir las poco á poco en la capital de su imperio. Ha hecho construir ya una carretera de muchas millas de extension, y un ensayo de ferrocarril



Escuela católica en Pekin. (Pág. 172).

que promete mucho. En el jardín de Su Majestad he visto no pocos árboles, plantas y flores de Europa: la vid, el peral, el albaricoquero, el moral, el girasol, la alfalfa, etc. Digamos de paso que la viña de la huerta de los Padres misioneros da sin esfuerzo tres recolecciones de uvas al año. Sin embargo, á causa de ser la savia excesivamente vigorosa, los racimos no llegan siempre á perfecta sazón y su valor deja mucho que desear.

En las comidas se puede beber de nieve, pues la fabrican en gran cantidad en las neveras del Sultan, y se la adquiere por módico precio. Cerca del puerto y frente al palacio del Soberano se levanta una torre cuadrangular de cinco pisos, y en su cima brilla durante la noche un farol eléctrico. En los cuatro ángulos de los pisos se encienden grandes linternas de petróleo, y este conjunto de luces produce bellísimo efecto. Formidables piezas de artillería defienden el puerto y protegen la morada del Sultan. Hay sobre las armas un ejército imponente de soldados, y dos músicas hacen oír sus acordes: cualquiera se creería transportado á un parque de recreo de Europa. Cinco grandes buques y muchas embarcaciones menores del Señor de la isla surcan los mares y llevan á lo lejos la gloria de su nombre.

Si teneis la paciencia de seguirme, os conduciré como por la mano á la campiña y á las colinas de los alrededores de Zanzíbar. Iremos primero á la casa de campo de la Mision, á tres cuartos de hora de la ciudad. Como hace calor y el camino es escarpado, arenoso y malísimo, bueno será que tomemos algunos corceles. Por dicha el diligente P. C. Gommenginger ha previsto nuestros deseos y encontramos en el patio dos pollinos de lo más pacífico del mundo.

Partimos bajo la dirección de un niño de la Mision y provistos de toda suerte de recomendaciones para el feliz éxito del viaje. Hémos ya á extramuros, y admiramos el magnífico paisaje que se extiende en torno nuestro. A la izquierda vemos los jardines del Sultan, su kiosco y su sala de baño; á un lado del camino una mezquita y un cementerio árabe: y luego cruzamos un pantano seco. Aquí empieza un modesto ferrocarril de vía estrecha, que va en dirección de una quinta del Sultan, paralelamente al gran camino. ¡Cuán fecunda, bella y poderosa es aquí la vegetación! Naranjos, bananos, cocoteros, ananas, papayos, jacobas y girofleros, todo crece en profusión, en una confusión admirable, y con una riqueza de follaje y de frutos sin rival. Este espectáculo nos asombra; así el tiempo se nos pasa aprisa, y llegamos al campo de la Mision casi sin advertirlo.

Ocupa un sitio encantador. El Océano la baña al Oeste: una fresca brisa no cesa de templar los ardores del sol, y árboles de toda especie abundan en este lugar afortunado. Los ingleses han comprendido muy bien las ventajas de la posición. Los reverendos de su Mision también han escogido su casa de campo al lado de la de los misioneros católicos. Empero el contraste es muy visible: los Padres sólo poseen una humilde y modesta cabaña, mientras que entre los ingleses se encuentra una casa soberbia con todas las comodidades del apostolado anglicano. En la ciudad los predicantes bíblicos hacen construir una magnífica capilla, cuyo elevado campanario se levanta ya hacia las nubes. Acaba de terminarse el techo y luego se concluirá el coro. Cualquiera diría que es una iglesia católica: vese el altar del sacrificio, pero falta el tabernáculo y la cruz carece de la imagen del divino Redentor. Sería de desear que los

católicos tuviesen en Zanzíbar un lugar de oración tan hermoso y vasto. Su capilla provisional es pobre y sobre todo muy reducida. Cuéntanse más de trescientos fieles de Goa: añádanse los europeos, los empleados del consulado y los niños de la Mision, y se tiene un número respetable de personas que profesan nuestra santa religión. Los Padres se proponen edificar una iglesia algo digna de nuestro Señor en esta remota playa. No dudo que la caridad cristiana acudirá generosamente en su ayuda.

Volvamos á la casa de campo de los Padres y descansen á la sombra de los árboles que hay á los lados del camino. ¡Cuántos cocoteros que levantan majestuosamente al cielo sus cabezas llenas de frutos! ¡y qué hermosas son las verdes copas de los enormes mangas! Nuestro tierno guía, mirando con avidez los magníficos cocos, dice:

—Padre, si teneis sed puedo subir al árbol y bajaros dos cocos.

Casi no tardó tanto en hacerlo como en decirlo. Abrimos el coco por un extremo, y tenemos un vaso natural, en cuyo interior hay una especie de jarabe azucarado y muy refrescante. Luego, rompiendo el coco, comemos su carne, que tiene un gusto exquisito, parecido al de la almendra y avellana...

El cementerio católico está contiguo al terreno de la Mision: es vasto y de fácil acceso, rodeado de un seto vivo. En él descansan los niños de la Mision, segados en la flor de la edad, y que con la blanca ropa de su bautismo se volvieron á la patria de los Angeles, donde oran por los bienhechores de la *Propagación de la fe*. Siguen los sepulcros del religioso y del misionero, descansando allí en la paz del Señor, en medio de su nueva familia: aquí leo los nombres de los cristianos goaneses, de marinos ingleses y de dos capitanes franceses muertos en Zanzíbar en el curso de sus lejanas peregrinaciones; allá el del Sr. Carlos de Ville, cónsul de Bélgica, que falleció el año último en el hospital de Zanzíbar; era un hombre de bien y de honor; su muerte fué apacible y santa. Se le hicieron magníficos funerales. Todos los europeos le acompañaron á su última morada; muchos árabes y negros se unieron al cortejo, y hasta el Sultan se hizo representar oficialmente enviando sus dos músicas y su compañía de honor. Ahora este noble hijo de la Bélgica descansa lejos de su patria; mas su sepulcro habla en favor de su país á todos los que visitan este rincón de tierra bendecida. En la misma se encuentran las tumbas de otros dos belgas: eran miembros de la Sociedad internacional de exploración en Africa. Dos columnas truncadas atestiguan la fragilidad de la vida humana y la vanidad de las empresas de este mundo!...

Los Padres misioneros aguardan á su superior de Bagamoyo, el Rdo. P. Estéban, á fin de pedir una entrevista al Sultan. Tienen el encargo de ofrecerle de parte del Padre Santo un magnífico mosaico de mármol precioso, salido de los talleres de los más hábiles artistas italianos. Es un regalo digno del Jefe supremo de la Iglesia...

El domingo 15 celebré á bordo del *Java* la fiesta del sagrado Corazón de María: los domésticos que sirven en la mesa me habían manifestado el deseo de asistir á la santa Misa. La ocasión era propicia para hacer uso de mi capilla portátil y complacer á estos buenos goaneses. El P. Molinard había viajado con ellos en el

Java, celebrándoles la Misa cada domingo. Para hacer todo lo completa posible la expresada fiesta, propuse á algunos que se aprovecharan de la presencia del sacerdote para confesarse y recibir juntos la sagrada Comunión. La propuesta fué aceptada con júbilo. Entre los Padres de Zanzíbar, hay uno goanés, que vino á ayudarme para las confesiones. Todos los marineros se presentaron, y cuatro de ellos, que aún no habían hecho la primera Comunión, serán admitidos al retorno del buque, pues han prometido aprender el Catecismo durante el mes de viaje. La mañana del domingo reuní á todos en el salón, transformado en cenáculo católico. El auditorio ascendía á treinta personas, guardando devota compostura. Esta ceremonia hizo buena impresion en las otras personas de á bordo, en los oficiales protestantes y aún en la ciudad. La Misa, celebrada en un buque en las aguas del Océano, ofrecía la imágen de la barca de san Pedro. ¡Esta también, al cabo de diez y nueve siglos, se adelanta hácia la eternidad, á pesar de los escollos y de las tempestades, encontrando toda su fuerza y apoyo en el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo!...

CRÓNICA.

España.—No hemos podido leer las iguiente carta sin conmovernos profundamente; y creemos que nuestros lectores nos agradecerán su publicacion por lo muy edificante que es, pues revela un acto de heroica caridad, que esperamos tendrá no pocos imitadores:

Señor Administrador de LAS MISIONES CATÓLICAS.

Barcelona.

Muy señor mio y de mi mayor consideracion: En mis sencillas explicaciones del Catecismo, he procurado determinar á mis amadísimos feligreses y en particular á los niños, que en sus devociones se interesaran por las necesidades de las Misiones entre infieles. Lo han hecho y con tal nobleza, empeño y fervor que, no sólo me han obligado á demostrarles mi gratitud, sí que también á proponerles otras de abnegacion. Por esto, en la tarde del domingo último, día de la reparticion de los premios á los que se habían distinguido por su asistencia, compostura y aplicacion, habiéndoles relatado la carta del R. P. Bennasar, de la Compañía de Jesús, fechada el octubre último, publicada en el número 71 de su apreciada Revista, compadecidos del estado de aquellos niños, manifestaron deseos vivísimos de socorrerlos. Entonces les pregunté si querian renunciar los premios, y su valor se aplicaria á las necesidades de aquellos infelices. Y todos, niños y niñas, con gran decision y entusiasmo, exclamaron: «Renunciamos los premios, envíese su valor á nuestros hermanitos.»

Sírvase V., pues, señor Administrador, disponer que las cuarenta pesetas de la letra inclusa, y que proceden de una determinacion infantil y tan generosa, lleguen á las misiones del Mindanao, y si con ellas los RR. Padres, accediendo á los deseos de los niños y niñas de esta mi parroquia, quieren rescatar un niño y bautizarlo con el nombre de Luis Gonzaga, ó una niña imponiéndole el nombre de Catalina Tomás, recibirán limosnas para el gasto de la educacion é instruccion del

rescatado. Por ello espero que el cielo bendecirá á mi feligresía.

Queda á las órdenes de V. su humilde capellan y S. S.

Q. B. S. M.

Rafael Ignacio Rubi, ecónomo.

Mallorca.—Sineu, 26 abril de 1883.

¡Ojalá que todas las personas constituidas en autoridad ó que gozan de alguna influencia entre sus subordinados y amigos hicieran lo que hizo este señor Ecónomo! ¡Cuántos rescates de niños se harían! ¡cuántas almas serían redimidas! ¡cuántas ovejas perdidas volverían al redil! ¡cuánta alegría tendrían los Ángeles del cielo! ¡qué fruiciones no experimentaría el sagrado Corazon de Jesús! ¿Por qué, pues, privarle de una satisfaccion que tan fácil es proporcionarle?

Medítenlo bien los católicos que se encuentran en ocasion de lograr tan hermosos frutos, que al presentarse al gran Padre de familia, no quedarán sin abundante recompensa.

Turquía.—De una carta que se nos escribe desde Constantinopla tomamos lo siguiente:

«Un obispo armenio católico, casi centenario, entregó su alma á Dios, tras una corta enfermedad, el 14 de marzo, en Buyukderé, poblacion célebre del Alto-Bósforo, cerca de Therapia. El Ilmo. Antonio Haladj, nacido en Angora, había sido obispo armenio católico de Artvin, una de las diócesis sufragáneas del patriarcado de Cilicia en la grande Armenia. Esta diócesis, á consecuencia de la última guerra turco-rusa, ha sido englobada en el territorio cedido á la Rusia. El difunto Prelado contaba noventa y cinco años, y ciego de nueve á esta parte, dió su dimision y vivía retirado en casa de su hermano. Misionero durante una larga série de años, sufrió el destierro en la grande persecucion de 1827, y prestó en esta época señalados servicios á la Religion. Su muerte fué edificante como su vida, y conservó el conocimiento hasta su último instante.

«El Ilmo. Estéban Pedro X Azarian ha honrado con funerales solemnes al decano de su patriarcado. El cadáver fué transportado con gran pompa desde la iglesia de la Santísima Trinidad á la catedral armenio-católica de Pera.

«El movimiento de conversiones va acentuándose en Armenia. Veinte familias monofisitas de Endurlik, populosa villa cerca de Kayserie (Cesarea), acaban de abrazar la religion católica, y tan pronto como se establezca allí una capilla, nuestros progresos aumentarán considerablemente. Es preciso ante todo proveer de objetos necesarios al culto: ornamentos, cáliz, custodia, candeleros, cruz, incensario, todo está á cargo del ilustrísimo Azarian, pues el obispo de Cesarea apenas tiene lo indispensable para el servicio de su iglesia.

«Recientemente se ha inaugurado en Angora una escuela gratuita de cien discípulos. La poblacion armenio-católica de esta ciudad se eleva á 10,000 almas. Un sacerdote armenio monofisita, el P. Gorun, que se encontraba en Angora, se ha convertido y ha emprendido un viaje á Roma para visitar el sepulcro de los Apóstoles. En casi todas las diócesis del patriarcado de Cilicia tienen lugar frecuentes conversiones de familias armenias cismáticas, y sería fácil dar mayor desarrollo al apostolado si no faltasen los medios materiales.

«En todos los lugares y pueblos de la Armenia en que se estableciese un misionero y un maestro de escuela indígena, con posibilidad de crear una capilla y de abrir clases, se formaría luego y fácilmente un núcleo de fieles. El momento es propicio: más tarde quizá, si la Armenia cae bajo la dominación rusa, estará prohibida la conversión de los cismáticos, como en todo el imperio moscovita. Convendría, pues, aprovechar las circunstancias y las buenas disposiciones del Gobierno otomano.

«La nueva Iglesia greco-católica atraviesa un período crítico: dificultades, persecuciones, obstáculos, contrariedades, todo lo pone en obra el patriarca greco-focio, en Malgara especialmente, ciudad importante de la Tracia. El Kaimakan (subgobernador), partidario acérrimo de los greco-focios, acaba de rehusar á los católicos el que ejerzan su culto, bajo pretexto de que la capilla improvisada en la casa de los misioneros ha sido inaugurada sin un firman imperial. El juez musulmán de Malgara, atraído también por los cismáticos, se esfuerza por contrariar nuestros progresos. Uno y otro habían podido hasta ahora eludir las órdenes del poder central; pero por fin el Ilmo. Azarian ha logrado obtener justicia.

«El movimiento de conversión búlgara prosigue también satisfactoriamente. Los obispos griegos creyeron contenerlo denunciando á las Autoridades otomanas, como emisarios del panslavismo, á los notables

búlgaros católicos de la provincia de Salónica. Pensaban así presentarnos como sospechosos á los ojos del Gobierno turco; pero á consecuencia de los pasos que se dieron cerca de la Sublime Puerta, los notables han sido puestos en libertad.

«El obispo greco-focio de Dramas ha recurrido á las mismas violencias: los habitantes del distrito de Razlok, cerca de los límites del principado de Bulgaria, habían preparado una petición en la cual declaraban ingresar en la unidad católica. Al momento el obispo griego de Dramas acusó á los notables de estar en connivencia con

la Rusia, y Abdullah-bajá, creyendo en la sinceridad del prelado cismático, ha mandado encarcelar siete de aquellos.

«El distrito de Bazlok está trabajado por el pan-bulgarismo y por el pan-helenismo. Cien pueblos búlgaros convertidos al Catolicismo formarían una barrera bastante fuerte contra esas dos corrientes igualmente contrarias á la dominación otomana. Por esta razón, los intereses más vitales del Imperio exigen que el Catolicismo pueda propagarse libremente. Entre los principa-

les personajes turcos esto es ya una convicción política; pero, sea por ignorancia, sea por codicia, los funcionarios subalternos obran, en las provincias, contrariamente á las instrucciones de los ministros del Sultán.»

Pe-tche-ly septentrional (China).—

Esta Misión cuenta unas 123 escuelas dirigidas la mayor parte por maestros indígenas. Uno de sus más interesantes establecimientos es el de Chala-eul, donde hay una granja-escuela habitada por sesenta niños. Un sacerdote chino, un clérigo, un maestro y varios jefes hortelanos vigilan é instruyen á los jóvenes discípulos. Hacer de ellos buenos cristianos, buenos labradores y buenos hortelanos, tal es el objeto práctico que se propusieron los misioneros al crear este establecimiento. En las clases se enseña lectura, escritura, aritmética china y el catecismo. El programa de estudios no es muy extenso, pero los misioneros

juzgan y con razón, que basta que al salir del establecimiento sean aptos para llevar los libros de contabilidad y ganarse la vida. Muchos están ya colocados, y los Padres sólo tienen motivos para felicitarse de la conducta de sus antiguos pupilos.

Las escuelas de niñas son dirigidas por las Religiosas de san Vicente de Paul: no tenemos necesidad de decir con qué maternal ternura las Hijas de la Caridad cuidan á las pupilas y huérfanas que les están confiadas. El grabado de la pág. 169 representa una de las escuelas de la capital de la China.



MALASIA.—Cosecha de los cocos. (Pág. 174).

Pe-tche-ly Sudeste (China).— El P. Gonnet, de la Compañía de Jesús, escribe con fecha 4 de enero último que un fuerte terremoto ha causado grandes estragos en el distrito de Tcheng-tcheu, y transcribe las siguientes noticias que le dió el P. Fourmond el 29 de diciembre:

« La primera sacudida que sintió V. R. en Hien-Hien ha sido terrible á doce ó quince leguas de su residencia, sobre todo en la ciudad de Tcheng-tcheu y en los pueblos vecinos. En la cristiandad de Ton-kia-tchuang, donde me encuentro actualmente, se me asegura que 400 casas han quedado arruinadas, y más de 1,000 en mal estado é inhabitables, añadiéndose que no hay una sola que no ofrezca grandes hendiduras. Si esta conmoción se hubiese producido con tanta fuerza en la residencia, no sé lo que hubiera sido de nuestra iglesia y de nuestra casa, con sus paredes de tierra; hoy sólo sería un montón de ruinas.

« Cuéntanse más de veinte pueblos destruidos en gran parte, y ochenta por lo menos que han experimentado considerables pérdidas. No sé la cifra de los muertos; los heridos son numerosos. El 2 de diciembre la ligera sacudida que sintió V. R. entre cuatro y media y cinco de la tarde, fué aquí una espantosa detonación semejante á un trueno. Esta singular explosión se oyó de muy lejos. En el mismo instante las casas se inclinaron de Sud á Norte con horrible crujido de las vigas. Apenas se habían así inclinado, se levantaron con una celeridad que escapa á toda apreciación. Asegúrase que las casas no cayeron sino después de haberse levantado. Dícese también que en los pozos el agua subió hasta el brocal. El calor aquel día fué relativamente considerable.

« La escena que ofreció nuestro colegio de Ton-kia-tchuang fué conmovedora. Cuarenta niños, reunidos á la sazón en la clase, dan un grito de espanto y se pre-



MALASIA.—Segadores indígenas. (Pág. 174).

cipitan hácia la puerta; el maestro más joven se viene al suelo vanecido, y todos los discípulos, sobrecogidos de terror, caen y se amontonan sobre él. Luego, empero, salen al patio; lloran, se lamentan é invocan á la santísima Virgen con el mayor fervor...

« En el pueblo los paganos estaban de fiesta, pues era la época de la comedia, y compacta multitud de mujeres y niños asistían á la primera representación. De improviso los actores caen al suelo, se hunden los tablados y las tiendas; las mujeres y los niños tiemblan de miedo y caen sin sentido: sólo se oyen gritos y lamentos.

« Entre tanto llegaba la noche y la posición se hacía más penosa. Nadie se atrevía á entrar en las casas cuyas paredes derrumbábanse aún por minutos con estrépito. ¿A dónde huir?... Este terreno, que hasta entonces les había parecido un apoyo tan sólido, no les ofrecía ya confianza alguna, y por otra parte las sacudidas, aunque menos fuertes, apenas eran interrumpidas durante al-

gunos minutos. Los maestros del colegio, tan consternados como sus discípulos, tuvieron al fin que tratar de que descansasen los pequeñuelos. Extendiéronse tallos de alcandía en el patio, lejos de las paredes, y los niños, olvidando esta vez que no habían cenado, se tendieron sobre el improvisado lecho á las once de la noche, garantidos del frío por sus cobertores. Apenas acostados en el suelo tembloroso, levantábanse á intervalos, atemorizados por los ruidos subterráneos y por las oscilaciones continuas de este lecho de nuevo género.

« No eran los niños únicamente los que permanecían en vela y asustados. En los pueblos todo el mundo estaba en pie y fuera de las casas. En toda la noche no cesaron los gritos y lamentos. Durante más de quince días nuestros discípulos, lo mismo que todos los habitantes, se acostaron en esteras mal unidas. El 18 de diciembre mi llegada les alentó, y por la noche volvieron al dormitorio, que felizmente está todavía en pie. En muchos pueblos los habitantes han levantado

tiendas y excavado grutas para refugiarse en ellas. Desde el 22 de diciembre hasta hoy veinte y nueve oscilaciones han tenido lugar hasta tres veces por día. La víspera de Navidad una violenta sacudida del terreno me hizo salir del confesonario. Me avergoncé de esto; pero ¿qué hacer? No todo el mundo tiene la bravura de mi compañero de armas, el intrépido P. Jacquemet, que en ocasión de la grande sacudida sobrevenida en la noche del 4 al 5 de diciembre, ni siquiera quiso levantarse; es en efecto el hombre de Horacio: *Si fractus illabatur orbis, impavidum ferient ruinae*. En muchos pueblos nuestros cristianos han sido muy maltratados, y Sin-tchuang sobre todo ha sufrido considerables pérdidas. En Tong-kia-tchuang la iglesia queda muy inclinada hacia el Norte y amenaza ruina. No obstante nunca he tenido tanta gente en las misas de Navidad. Nuestra casa es preciso reconstruirla desde sus cimientos, y lo mismo sucede con la habitación de los niños y sus dependencias. En el huerfanato de Jain-tai todas las casas sin excepción tienen que edificarse de nuevo, y los cristianos han experimentado allí grandes pérdidas.

«No ignoramos que los trabajos son el pan cotidiano del misionero. Felices los que sufren: Nuestro Señor Jesucristo salvó el mundo por la cruz. En los veinte años que estoy en la China, ni uno solo he vivido sin objeto de desolación: cólera, bandidos, rebeldes, langosta, peste, hambre, sequía, inundación, etc., etc.; nada ha faltado, si no es el hierro que hace los mártires. Dejemos hacer á la adorable Providencia: todo se convierte en bien para los que aman á Dios.»

Malasia (Indo-China).—El Rdo. Fee, de las Misiones Extranjeras, escribe recientemente desde Pinang:

«Tengo á mi cargo más de 1,200 fieles. Mi tarea no es brillante humanamente hablando, pues mis feligreses no pertenecen á los felices de este mundo; casi todos están empleados en el servicio de los demás.

«Los *párias* son cocineros, cocheros y mozos de los blancos. Aquellos á quienes la nobleza de su linaje les prohíbe doblar la rodilla ante el extranjero, ó saborear el perfume del *rosbif* ú otros manjares impuros, manejan la azada en las plantaciones de azúcar y de tapioca, riegan el arroz (V. pág. 173), se encaraman para hacer la recolección de cocos (pág. 172), crían rebaños de bueyes y vacas, hacen los acarreos públicos y particulares con vehículos tirados por bueyes, ó bien establecen tiendas para el servicio de sus compatriotas.

«El comercio que enriquece, el cultivo, las artes y los oficios lo dejan para los europeos y chinos, y ni siquiera tienen, como la mayor parte de estos últimos, la satisfacción de poseer un rincón de tierra del que puedan llamarse propietarios. Un poco de arroz ó de *carry* por alimento; por vestido un *languti* á menudo reducido á la más simple expresión, y por morada una choza de hojas de *atapás*, levantada en solar ajeno, á esto se reduce todo lo que poseen en general ó lo que desean poseer, pues el indio, en cuanto he podido conocerlo, no es avaro ni ambicioso: pueda vivir al día, y divertirse de vez en cuando, y está contento, conciliando el sueño sin preocuparse de mañana. Mas si mis indios tienen los defectos de los niños, no dejan de tener también buenas cualidades. Aunque de cabeza ligera, dan muestras de buen corazón y de sin igual sumisión á las órdenes del Padre. En una palabra, dígame lo que se quiera de los indios, yo los amo de todo corazón, y los

consuelos que me han proporcionado recompensan los sacrificios y fatigas de mi vida de misionero en estos lejanos países.»

Africa central.—Tenemos tristes noticias de nuestras misiones de aquella región. Informes recibidos de Kartum confirman la noticia de que el personal de las tres Misiones del Africa central, refugiados en *El-Obeid*, fué hecho prisionero por las hordas árabes de Mahadí. Invitados por el falso profeta á renegar de la fe, nuestros misioneros y nuestras Religiosas contestaron que antes recibirían la muerte con santa alegría. No se insistió sobre esta intimación, pero se les retuvo á todos prisioneros. En la prisión han muerto extenuados por el cansancio y malos tratamientos el anciano Ilmo. Losi, ex-vicario apostólico, y dos Hermanas.

La ciudad de El-Obeid después de haberla desalojado sus cien mil habitantes ha sido saqueada é incendiada por Mahadí, que se ha apoderado de sus grandes riquezas.

El Ilmo. Sogaro, nuevo vicario apostólico del Africa central, ha llegado á Kartum, donde se encuentra un cuerpo de tropas inglesas.

Oceanía central.—El Ilmo. Lamaze, marista, vicario apostólico, escribe desde Maofaga con fecha 15 de octubre de 1882:

«En la primera visita pastoral que he hecho me ha sido imposible detenerme en todas las islas de mi doble vicariato en las que contamos neófitos. Entre aquellas que he tenido el dolor de no poder visitar, debo mencionar el archipiélago de Tokelau, situado al Norte de Samoa y compuesto de varios grupos de islotes, en otro tiempo muy poblados. En diferentes expediciones los piratas han arrebatado la mayor parte de sus habitantes, y por otra parte el hambre ha hecho con frecuencia espantosos estragos en estas desventuradas islas. En una de esas épocas de miseria, en que los habitantes de Tokelau morían literalmente de hambre, el Ilmo. Enos á sus expensas hizo trasladar cierto número de ellos á la isla hospitalaria de Wallis, en la que conocieron y abrazaron la verdadera Religión, que desde entonces quedó también establecida en las islas.

«Hacia siete años que éstas no habían sido visitadas. Previendo que en mi segunda visita pastoral tampoco podría ir personalmente á esas interesantes cristiandades, supliqué á dos de nuestros Padres de Upolu, que con el primer buque que pasase dirigiéndose á aquel punto, hiciesen ellos mismos esta visita.

«Una ocasión favorable se presentó en junio último, y la aprovecharon los PP. Gavet y Dolé, que iban provistos de todos los poderes necesarios, incluso el de conferir el sacramento de la Confirmación, poder que puedo delegar, en virtud de una concesión de la Santa Sede, á algunos de nuestros misioneros.

«Cuando llegué á Apia, el 3 de julio último, para mi segunda pastoral visita, encontré allí á nuestros dos celosos visitantes, felizmente restituidos á su puesto hacía pocos días. Apresuráronse á darme cuenta de su expedición apostólica y de los consuelos que ella les había proporcionado. Bendije con ellos la bondad de Dios, y no pude contener las lágrimas de ternura al pensamiento de que mis pobres hijos de Tokelau, al cabo de siete años de tribulaciones, habían recibido por fin la visita de los misioneros...»

MOSAICO CHINO.

XIX.

BLANQUEO CHINO (1).

Hé aquí algunas notas sobre el blanqueo que los chinos emplean tanto en el interior como en el exterior de sus muros.

La materia de este blanqueo se llama aquí *tse-kim* (obra de papel), y tiene, en efecto, el papel por base, y por liga la cal. Cogen papel de paja de arroz, cuya pasta es á corta diferencia como la de nuestro carton, lo hacen pedazos de cerca de un decímetro cuadrado, y lo echan en un hoyo cónico truncado _/_/, construido interiormente de mampostería, y de la cabida de cuatrocientos á quinientos litros, en el cual vierten agua, y le desmenuzan por medio de un mazo de varitas, hasta reducirlo á una pasta muy imperfecta. Entonces van añadiendo poco á poco pedazos de cal viva de diez á veinte kilogramos, y agitan la masa, revolviéndola en todos sentidos con barras de madera. La ebullicion es extraordinaria, y acaba de perfeccionar la pasta de papel y de mezclarla con la cal, quedando á la media hora terminada la operacion. Se saca la pasta del hoyo y se la pone en montones, empezando luego una segunda operacion.

Se puede emplear este *tse-kim* inmediatamente; pero es mejor esperar ocho dias, pudiendo guardarse meses y aún años, procurando que no se seque del todo; en la inteligencia que cuanto más vieja, es tanto mejor. Para servirse de ella se la vuelve á poner en el hoyo de que se habló, batiéndola y removiéndola hasta que esté bien ligada, y se la añade agua si no está reblandecida.

Esta pasta se presta á pulimentarse con la llana, y en el interior es tan sólida como el yeso, haciéndose de ella cornisas y otros ornamentos. En el exterior se conserva tambien perfectamente, procurando que no reciba mucha humedad, y si no es preferible al yeso, aventaja en superioridad y solidez, y hasta quizás en precio, á los demás blanqueos hechos de pieles y cal, que se emplean en los países en que el yeso es demasiado caro.

XX.

LA GODILLA (2).

Una de las cosas que sorprenden á los extranjeros al llegar á la China, es el aparejo nadador de las barcas chinas. Compónese de un remo que, dispuesto generalmente por detrás, y movido por un hábil barquero en sentido perpendicular al rumbo, sirve á la vez de motor y de timon.

Hace algunos años el Consejo central de Lyon pidió datos precisos sobre dicho aparejo (3). Yo contesté enviando un dibujo que representaba la colocacion del aparejo. No hice gran caso de ello; era para mí el arte en su infancia, que sólo debia su conservacion al carácter rutinario de los chinos y á la poca anchura de los canales, que no permite el uso del palo de virar. Púseme, sin embargo, á observar con más atencion, y, durante los

muchos meses que pasé en los canales visitando las cristandades de que estaba encargado, me distraia del tedio del viaje, siguiendo el movimiento de los barqueros y las godillas de las numerosas barcas, que se cruzan aquí tan apiñadas como los carruajes en las calles de París.

Lo primero que me sorprendió fué la potencia del motor: una canoa armada con sus remeros puede apenas luchar en rapidez con una barca mucho más pesada y puesta en movimiento por dos remeros. La diferencia es sobre todo sensible en favor de la godilla cuando se remonta la corriente. Á menudo, con dos remeros, he remontado la corriente del Wam-pu, cuya rapidez es de seis á ocho millas.

Potencia de la godilla para mover una grande masa, es muy notable. Barcas de la dimension de nuestros más grandes barcos de rio, son movidas por tres ó cuatro godillas, colocadas un poco de lado hácia atrás y hácia adelante, y puestas cada una de ellas en accion por dos ó tres personas con una rapidez de dos millas y mas. Un gran número de juncos, de cien á doscientas teneladas, son armados sobre los flancos, de quince á veinte godillas; se sirven de ellas en el mar en tiempo de calma ó de viento contrario, cuando el mar no está demasiado revuelto.

Los chinos, me decia á mí mismo, conocen y emplean el palo de virar; este remo seria más fácil de colocar en los juncos; preciso es, pues, que la experiencia les haya probado la superioridad de la godilla sobre el palo de virar. Algunos marinos, á los cuales comuniqué dichas observaciones, me aseguraban, en efecto, que una veintena de palos de virar no serian capaces de mover buques de tal volúmen. Mas ¿cuál podia ser la causa de esta superioridad? Yo bien habia oido decir á sabios de nombradía que la godilla era la cola de un pez, por consiguiente, un remo horizontal al cual se imprimia un movimiento análogo al movimiento vital del pez; mas ¿cómo analizar dicho movimiento? Preocupado con tal pensamiento, y juzgando que debia ser un movimiento simple, observé con más atencion los remos y los remeros.

Me cercioré de tres cosas:

1.^a Que en su movimiento de vaiven la godilla conserva la misma inclinacion de su ala, relativamente al plano vertical que pasa por el eje de la barca, y no varia para girar, más que al final de su carrera.

2.^a Cuando la barca está en movimiento, la godilla, cuya ala se halla más ó menos inclinada al eje de la barca, segun la mayor ó menor rapidez de la marcha, casi no produce remolino alguno, al surcar el agua perpendicularmente al rumbo, más que al final de su carrera, cuando gira para volver y funciona á corta diferencia como el palo de virar. La razon que voy á dar de ello es que el movimiento de la godilla, combinándose con el de la barca, hace presion sobre el agua y la corta sin desalojarla. Este seria el efecto de una vela inclinada al eje de un buque: ella hiende el aire sin desalojarlo.

3.^a Así que llega á un punto de mayor profundidad de agua, el barquero alarga la cuerda que fija la extremidad de la godilla y la coloca lo más verticalmente posible. La experiencia habrá, pues, demostrado que la godilla tiene tanta mayor potencia cuanto es más vertical.

Esas observaciones me indujeron á concluir que la

(1) Extracto de una carta inédita del R. P. Helot.

(2) Extracto de una carta inédita del R. P. Helot.

(3) Es el dibujo reproducido en la pág. 177. Es de Fr. Ferrer.

godilla no era un remo horizontal, teniendo el movimiento de la cola del pez, sino un remo vertical, que la colocacion hace inclinar un tanto y cuya teoría es de las más sencillas.

Imagínese, en efecto, un remo sostenido verticalmente por su centro y cuya nadadera está inclinada más ó menos de cuarenta y cinco grados que el plano vertical que pasa por el eje de la barca. Muévasela con un movimiento de vaiven perpendicularmente al eje, teniendo el cuidado de volver el ala convenientemente al fin de la carrera; y la presión del agua sobre la nadadera se descompondrá en dos fuerzas: la una en el sentido del eje, que producirá el movimiento; la otra perpendicular, que quedará destruida por el efecto del timon.

En lugar del movimiento de vaiven, imprímase á di-

cho remo un movimiento de rotacion, y será la hélice y su teoría. Será el molino de viento, cuyas aspas no son más que posiciones de hélice aplicadas como motor en el agua. Pues bien; tal es la godilla aparejada al estilo chino. Los chinos no la tienen vertical como yo lo he supuesto en la explicacion; su inclinacion es resultado de la necesidad de la colocacion. Sin embargo, la maniobra del vaiven es enteramente tal como yo he descrito en la teoría, para cualquiera que la examine con atencion; solamente, la accion propulsiva, efectiva sobre la barca, es la misma que la que fuera producida por un remo vertical, igual á la proyeccion sobre una vertical de la parte de la godilla sumergida. Por eso en la práctica los chinos tienen la godilla lo más verticalmente posible. Además, ellos hacen uso de la compo-



OCEANÍA CENTRAL.—Paisaje de Apia. (Pág. 174).

nente perpendicular al rumbo, manejándola hábilmente, tan pronto á la derecha como á la izquierda, para dirigir la barca y sustituir el timon.

¿Qué puede deducirse de lo que estoy escribiendo? ¿Acaso habria motivo para ensayar sobre los rios godillas verticales, dispuestas en un número cualquiera, detrás de los buques y dotadas de un movimiento de vaiven? ¿Seria esto más ventajoso que un hélice, necesariamente de pequeño radio? ¿No se pudiera disponer fácilmente un aparejo semejante, pudiendo sumergirse más ó menos, segun la profundidad del rio sin detener el movimiento? Esas cuestiones las dejo para los hombres del oficio. Aquí yo no puedo resolverlas, ni ocuparme de ellas.

A TRAVÉS DE LA INDIA.

XI.

LA FORTALEZA DE GINGI.

La ciudad de Gingi está situada en la ribera de este nombre á 60 kilómetros Noroeste de Pondichery.

La antigua fortaleza de Gingi, hoy arruinada, era en otro tiempo considerada como la primera del Carnatic, y pasaba á los ojos de los naturales por inexpugnable. Se compone de tres montañas ó masas de rocas dispuestas en forma de triángulo, y unidas por medio de muros almenados y con bastiones. Cada montaña formaba una ciudadela independiente; y la más elevada es una inmensa roca cortada completamente á pico, separada de las alturas vecinas por un profundísimo precipicio,

sobre el cual había un puente levadizo. Las obras de que estaba rodeada por todas partes la fortaleza, permitía que pudieran defenderla un puñado de hombres.

Gingi ofrece todavía algunas ruinas interesantes, entre las que figuran las de una magnífica y vasta pagoda, toda de piedra sillería, de proporciones gigantescas, notándose infinidad de columnas monolitas esculpidas con arte. Hoy está completamente cubierta de bejucos. Se encuentran aún en Gingi kioscos ó pequeños templos abiertos en granito, de una valentía y elegancia notables, y algunas construcciones que recuerdan la dominación árabe, particularmente la torre de ocho ó nueve pisos que se ve á la izquierda.

Era y es todavía un sitio muy insalubre, tanto á causa de los bosques de juncos de que están llenos todos

aquellos alrededores, como de las aguas cargadas de sales que descienden de las montañas. Los franceses perdieron de la fiebre más de mil doscientos hombres en los once años que poseyeron á Gingi.

Segun las tradiciones del país, la fortaleza de Gingi se remonta á la época de los antiguos reyes Chola ó Soja que reinaron en Tanjaur. Esta, cuyas ruinas se ven aún, se construyó en el año 1442, por Vijya-Ranga-Naiken, gobernador del Tanjaur, durante el reinado de los soberanos de Vijiya-Nagar, que nosotros llamamos Bisnagar. En 1655 fué tomada por Bandula-khan, general *maratte*, que acompañaba en su excursión á través del Carnatic á Shah-Ji, padre de Siva-Ji, fundador de la última dinastía de los soberanos de Tanjaur.

Cuando en 1677 Siva-Ji invadió el Carnatic, tomó á



La godilla china. (Pág. 175).

Gingi por traición, cuya posesión conservaron los *marattes* hasta 1698. Los musulmanes, mandados por lugartenientes de Aurang-Zeb, la sitiaron dos ó tres veces inútilmente, y por fin Zuffi-kan, temiendo la cólera de su señor, la asaltó decisivamente en 1698.

Al desmembramiento del imperio mogol, Gingi fué la primera residencia de los nababs del Carnatic, que poco despues se establecieron en Areat.

En 1750 los franceses, conducidos por Bussy (1), la tomaron á viva fuerza para Mozaffer-jang, su protegido. El asalto se dió únicamente por las fuerzas francesas y fueron tomadas las tres ciudadelas con una audacia asombrosa. Apenas se hicieron dueños de ella los sol-

dados, Nadir-jang, competidor de Mozaffer, se adelantó con un fuerte ejército para desalojarlos: pero los franceses salieron á su encuentro, y le derrotaron á seis millas antes de llegar á Gingi. Nadir perdió la vida en la batalla.

Los ingleses, bajo las órdenes del mayor Kirneer, trataron en 1752 de ponerle sitio; mas al ver el comandante inglés lo que tenía delante, juzgó prudente retirarse.

En febrero de 1761, despues de la toma y destrucción de Pondichery por los ingleses, el coronel Coote envió una parte de sus tropas contra Gingi. Los ingleses se apoderaron por traición de las tropas indígenas de la ciudad baja y de la ciudadela del Sud. Las otras dos se sostuvieron hasta el 5 de abril, en cuya fecha, reducidos los franceses á un puñado de hombres y no tienen

(1) El general marqués de Bussy-Castelnau, nacido en Soissons en 1718 y muerto en 1785.

do esperanza de ser socorridos, hicieron una honrosa capitulación.

La plaza fué ocupada por los ingleses hasta 1780, en cuya época cayó en poder de Haider-Alí, soberano del Mayssur. Despues de la caída de este príncipe volvieron á ocuparla los ingleses, que la han desmantelado, ó más bien han dejado al tiempo el cuidado de destruirla. Los bejucos y los árboles crecen en los intersticios, han tallado las rocas y las piedras, y de tantos monumentos gigantescos y artísticos apenas se conserva uno intacto.

COSTA DE LOS ESCLAVOS.

XVI.

MUERTE DE UN FETIQUISTA DEL DIOS ONSÉ.—LA JUSTICIA EN PORTO-NOVO.

EL P. Zimmermann referia hace algun tiempo el procedimiento con que los fetiquistas de Onsé pretenden descubrir la inocencia ó culpabilidad de los acusados. Con frecuencia crímenes ridículos y aún imaginarios son castigados de muerte, mientras que los verdaderos culpables campan por sus respetos. Creemos será leído con interés el siguiente relato que el Rdo. Berenguers remite desde Porto-Novo: «A orillas de la laguna y en el sitio más frecuentado se levanta un enorme poste de dos metros de altura. Sentado en la punta y sin vestidos, con las pantorrillas clavadas en la estaca, estaba expuesto al público el fetiquista de Onsé: tenía asimismo la mano clavada en la cabeza con un trapo indicando la causa de su crimen, del que voy á daros cuenta. Durante la noche algunos malhechores se introdujeron en una factoría alemana y robaron buen número de piezas de tela. Entre los ladrones se encontraban dos fetiquistas de Onsé. Dos pantalones, hechos con la ropa sustraída, establecieron de una manera cierta su culpabilidad, pues la tela en cuestion aún no había sido entregada al comercio. Con todo, conforme las costumbres del país, debían sufrir la prueba de Onsé. Como era de presumir, el fetiquio les declaró inocentes, mas el director de la factoría no quedó satisfecho con la solución del ídolo; fué á encontrar al rey, y en breve todos los comerciantes europeos son convocados á palacio. El soberano les pregunta qué castigo quieren infligir á los culpables, y todos reclaman una pena proporcionada al crimen. Empero, como el rey no es hombre que gasta su dinero alimentando ladrones en la cárcel durante años enteros, decreta en el acto la pena de muerte, con las circunstancias que he referido, no obstante las protestas de los europeos. Mientras que se discutía en palacio, uno de los fetiquistas, poco tranquilo con la decisión del fetiquio, corrió á la laguna, y apoderándose de una piragua huyó fuera del reino, quedando desterrado para siempre. A todos les consta perfectamente que el fetiquio ha mentido, y sin embargo, Onsé no ha perdido poco ni mucho su prestigio. El pueblo se somete gustoso á sus juicios. Hoy mismo hemos asistido á una prueba de la que ha salido absuelto el acusado.

«Aquí se aplica la pena de muerte por hurtos insignificantes, lo que no impide que abunden los ladrones.

«El día de la ejecución del fetiquista, un barrio de Porto-Novo fué pasto de las llamas: una mano criminal sembró la consternación en gran número de fami-

lias, muchas de las cuales eran cristianas. Aún no estaba extinguido el incendio, cuando la cabeza del culpable quedaba separada del tronco y expuesta al público.

«La víspera de estos sucesos un esclavo y una mujer fueron también condenados á la pena capital. Seis años atrás estos infelices huyeron de Porto-Novo para librarse de un castigo, y vivían juntos. Creyendo que todo estaría olvidado y deseando ver de nuevo su país, llegaron sigilosamente; mas luego fueron reconocidos y encarcelados, permaneciendo tres días sin comer ni beber. Conducidos ante el rey, son condenados y acto continuo ejecutados. Les cortaron la quijada inferior, y la mujer empezó á cantar profiriendo sonidos inarticulados, pues es costumbre en el país, cuando se experimenta una gran desdicha, cantar en tono quejumbroso. No cantó empero mucho tiempo; el resto de la cabeza quedó en breve cortada y expuesta al público. Esta mujer era culpable de infidelidad al rey. ¡Cuán bárbaro es aún el país que evangelizamos! Únicamente la Religión puede civilizarlo. Vamos en constante progreso; nuestras escuelas se llenan de alumnos.»

RASGO HERÓICO.

MISIONANDO el P. Papetard en las montañas Berroqueñas, fué acometido por un tigre en ocasión que caminaba acompañado de dos salvajes á quienes había atraído al Cristianismo y bautizado. Hallándose indefensos, pudieron subir los tres á un árbol. Entonces la fiera se echó al pie, esperando á que bajasen para coger la presa. Terribles horas pasaron en aquella angustiosa situación, pues no había medio de ahuyentar al tigre. Falto de alimento y decaydas las fuerzas del misionero, uno de los salvajes exclamó:

—Mira, Ropa-negra (así llaman á los misioneros aquellos pobres salvajes), el tigre no se separará del pie del árbol hasta que se sacie su hambre, y una vez saciada, al punto se marchará. Yo quiero mucho á Ropa-negra, y, para que viva, yo moriré.

Y rápido como el pensamiento y sin dar tiempo al misionero para oponerse á su resolución, se dejó caer al suelo.

La predicción del salvaje se realizó: apenas fué destrozado y comido por la fiera, ésta se separó de aquel lugar, dejando libre el descenso al sacerdote, que á costa de tan gran sacrificio había salvado su vida.

EFEMÉRIDES.

23 MAYO 1840.—Carta del IV Concilio provincial de Baltimore á los asociados de la Obra de la propagación de la fe.

«A los señores Presidentes de los Consejos del Mediodía y del Norte y á los miembros de la *Sociedad de la propagación de la fe*.

«Los Padres del IV Concilio provincial de la América del Norte, salud y bendición en Nuestro Señor.

«La misericordiosa Providencia os inspiró, carísimos hermanos, venir en auxilio de la Iglesia americana en la misma época en que, saliendo de su estado de infancia, buscaba una mano protectora para afirmar sus pasos vacilantes y dirigirse al desierto para buscar en ella la oveja abandonada. Feliz y noble inspiración que tuvís-

teís en el suelo regado por la sangre de Ireneo y de tan generosos mártires que parecen haber legado la hermosa misión de volver en cierto modo al universo entero esa herencia de fe que recibisteis del Asia. Vuestra *Obra*, como el grano de mostaza de que habla el Evangelio, se ha desarrollado con esa fuerza de vida que viene de lo alto, y, apenas contáis algunos años de existencia, cuando habeis ya extendido sus ramas bienhechoras hasta las extremidades de la tierra, y acompañais al sacerdote de Jesucristo entre esos pueblos tanto tiempo sentados á la sombra de la muerte.

«Nos hemos regocijado, carísimos hermanos, de esas superabundantes bendiciones que Dios derrama sobre vosotros; pues si el vaso de agua fría dado en nombre de su Hijo no queda sin recompensa en la vida eterna, si Dios contempla con gozo el óbolo de la viuda, vosotros que, con vuestros óbolos comunes, sosteneis la existencia de esos ministros celosos que se dividen el mundo, ¿no teneis un derecho sagrado á la recompensa del Profeta? Admirando los piadosos monumentos que se levantan en todas partes y que se multiplican tan rápidamente en todas las diócesis de los Estados-Unidos, ¿cómo no llevaríamos vuestro recuerdo á esos altares que os debemos?

«Reunidos en Concilio provincial, los Obispos de la América del Norte sienten la necesidad de ofreceros el homenaje público de su gratitud. Hemos enseñado ya á nuestra respectiva grey que nos está encomendada la deuda de caridad que aumentais todos los días, y sus oraciones, reunidas á las nuestras, no cesarán de subir hasta el trono del Padre de las misericordias, suplicándole que pague por nosotros esa inmensa obligación con sus recompensas eternas. Dignaos, carísimos hermanos, con nuestros votos y oraciones, recibir las bendiciones cordiales de todos los Padres del Concilio.

«Dado en el concilio de Baltimore el 23 de mayo de 1840.»

Esta carta está firmada por el Ilmo. Miguel Portier, obispo de Mobile, por procuración de los ilustrísimos Prelados de Baltimore, Bardstown, Charleston, San Luis, Boston, Filadelfia, Cincinnati, Nueva-Orleans, Dubuque, Nashville y Vincennes.

30 MAYO 1498.—Partida de Cristóbal Colon para su tercer viaje.

Esta nueva expedición fué largo tiempo retardada por la malevolencia de los enemigos del Almirante. Finalmente el 30 de mayo de 1498 las seis carabelas, reunidas en el puerto de Sanlúcar de Barrameda, levantaron el ancla. Colon partió bajo la invocación de la santísima Trinidad, habiendo hecho voto de dar su augusto nombre á la primera tierra que descubriese. Al cabo de dos meses, el 31 de julio, en el momento en que el cuerpo expedicionario estaba en peligro de perecer de sed y presa de los más sombríos presentimientos, el Almirante descubrió la isla que recibió de él y conserva el nombre de *Trinidad*. Este descubrimiento preparó el de tierra firme, objeto de las investigaciones del ilustre navegante.

Sabido es cuántos descubrimientos importantes señalaron esa tercera expedición. Colon volvió habiendo hecho la pacífica conquista de tres grandes verdades, de tres hechos cosmográficos utilísimos para la ciencia: la existencia del nuevo continente, la eminencia del Ecuador y la gran corriente oceánica. El menor de estos tres descubrimientos hubiera asegurado la inmortalidad de

un hombre. A esa revelación de las grandes leyes del globo, á esos conocimientos capitales se añadieron, multiplicados por su genio, curiosas é inapreciables noticias para la ciencia... Fué tal la importancia de ese tercer viaje, que ya no quedó grande descubrimiento posible. El mensajero de la cruz dejó muy poco que hacer á las generaciones siguientes. Gracias á él, quedó el mundo entero abierto á las investigaciones del hombre. De tres siglos acá nadie ha descubierto, en las leyes de la naturaleza, nada tan extenso, profundo y fundamental para la ciencia, ni nadie ha reportado de viaje alguno tantas adquisiciones intelectuales.

NECROLOGÍAS.

Madagascar.—El P. Lacomme, de la Compañía de Jesús, misionero en Tamatava, escribía el 20 de diciembre de 1882:

«El P. Piras ha muerto en Tamatava el 17 del presente mes.

«Habiendo llegado á la Misión de Madagascar en 1849 con el Ilmo. Monnet, no cesó desde entonces de trabajar en la conversión de los malgaches, tanto en Nossi-bé, como en Mayotta y aún en Baly, en la costa Oeste, donde, á pesar de la aridez de su ministerio, permaneció muchos años, esperando que el cielo suavizase el corazón endurecido de esos bárbaros, que se daban el placer de saquear, á la vista de los misioneros, los buques desarmados.

«En Santa María sobre todo trabajó con éxito el P. Piras: pasó allí los quince últimos años de su vida, instruyendo, evangelizando y visitando á aquellos infelices insulares, que cedían á su bondad más aún que á sus argumentos. ¡No puede concebirse cuán infatigable se mostraba en el trabajo tan penoso de catequizar á los ignorantes! Niños, ancianos y jóvenes sujetos al trabajo venían por turno y á horas propicias á hacerse instruir, unos para recibir el Bautismo y otros para hacer la primera Comunión. No satisfecho con esperarles en Ambarisomatro, lugar de su residencia, iba á buscarlos en sus pueblos y hacia prolongadas estaciones en Sahasifotro para mejor ponerse á su alcance.

«Entre tanto la fiebre no le perdonaba más que á los otros europeos; pero ni ésta ni otras enfermedades pudieron abatir su valor. Así es que en todas las localidades de la isla, y sobre todo en Ambodifotatra, se encontraban neófitos del P. Piras, que bendecían la mano que los había regenerado.

«La grande aflicción del buen Padre en los últimos años de su vida, era no poder ofrecer el santo Sacrificio, á causa de la parálisis del brazo, de lo que se indemnizaba comulgando todos los días con grande edificación de los fieles. Nunca olvidaré las palabras que he oído con frecuencia de boca de cuantos le conocían, y en particular de aquellos en cuya salvación trabajaba con tanto ardor. Nada prueba mejor la veneración que inspiraba á todos.

«Imposible me es pintaros el dolor de todos esos cristianos cuando, á consecuencia de los decretos del Gobierno de la república, el P. Piras tuvo que partir de Santa María (1). ¿Quién podrá decir las lágrimas que

(1) Sabido es que Santa María, como Mayotte y Nossi-bé, está bajo el yugo de Francia.

vertieron viendo partir á su buen Padre? Su aficcion sólo se igualaba á la del mismo misionero, obligado á abandonar á sus hijos y salir de la isla donde deseaba concluir su carrera de apóstol.

«Y sin embargo, en Tamatava debia terminar sus dias. Allí el Señor le dió una compensacion á la pena que experimentaba, devolviéndole, con la posibilidad de celebrar la Misa durante muchos meses, bastante fuerza para ir todos los domingos ó cada quince dias á evangelizar la cristiandad de Yvondro, á unas tres leguas de Tamatava. Durante la semana, se ocupaba en hacer rezar el catecismo á los niños de la escuela que se preparaban al bautismo, ó bien, tomando su sombrero de paja de anchas alas, hacia una visita al pueblo de sus caros neófitos, buscando siempre ocasion para hablarles de Dios.

«En abril último tuvo que rendir enteramente las armas, sus brazos fueron impotentes para servirle y la parálisis llegó hasta la laringe. Entonces empezaron sus sufrimientos, menos físicos que morales, que debian, en los designios de la divina Providencia, purificar más y más su bella alma. Vivir sin poder trabajar, ni ser útil á la Mision ni dirigir una alma por el camino del cielo, era un gran tormento para él. Así pasó los últimos ocho meses de su vida.»

San Dionisio (Reunion).—El 25 de julio de 1882, en la isla de la Reunion la muerte arrebató casi súbitamente á la Mision de Madagascar el Rdo. P. Estéban Romani, de la Compañía de Jesús. Desde junio de 1880 este santo religioso vivia retirado á alguna distancia de San Dionisio, en las alturas de la Ressource, casa de



INDOSTAN.—Vista de Gingi. (Pág. 176).

campo, cuna de la Mision de Madagascar. Declarado incapaz, por su calidad de jesuita, de catequizar las escuelas comunales de San Dionisio, y forzado á abandonar á los Hermanos de las escuelas cristianas y los mil discípulos puestos bajo su direccion, el P. Romani se creó en la Ressource una verdadera parroquia en miniatura, sucursal de Santa María, y consagróse por entero á la instruccion de los pobres de esta localidad, con todo el celo y ardor de un jóven, á pesar de sus setenta y dos años. Serán leídos con gusto algunos detalles acerca este hombre verdaderamente apostólico.

El P. Estéban Romani nació en Roma de una familia distinguida el 26 de diciembre de 1810. Hizo todos sus estudios en el colegio Romano, y tuvo entonces entre otros condiscípulos á Joaquin Pecci, que ocupa hoy el trono pontificio con el nombre de Leon XIII.

Terminadas sus clases, entró en la Compañía de Jesús, y fué enviado por sus superiores á diversos colegios de Italia.

En 1848, habiendo la Revolucion arrojado de la Península á los Jesuitas, el Rmo. P. Roothaan, general de la Compañía, destinó el P. Romani con otros tres Padres italianos, á la Mision de Madagascar, que hacia apenas cuatro años que se habia abierto al cielo de sus hijos. En su virtud, el 7 de junio de 1849 se embarcaron en Cherburgo los PP. Romani, Ferretti, Piras y Roy, desembarcando felizmente en Borbon el 10 de octubre.

Borbon sólo era para ellos una etapa hácia el término de su viaje. Así antes de finir el año se encontraban reunidos entre las tres islas de Madagascar, Nossi-bé y Mayotta. Nossi-bé fué el campo señalado al P. Romani,